LA «REALEZA» Y LOS REYES EN LA ESPAÑA ANTIGUA

JULIO CARO BAROJA

I

A modo de introducción

1. La «realeza» y sus clases según los griegos

Me propongo analizar la institución real en la España prerromana. Tema dificultoso por dos razones. La primera estriba en la parvedad de noticias fidedignas que poseemos acerca de los pueblos ibéricos o hispánicos que vivieron bajo un régimen o unos regímenes monárquicos en los albores de nuestra Historia. La segunda en la dificultad que hay para saber qué se entiende por «realeza» en distintas sociedades antiguas y modernas. Respecto a los orígenes de esta o estas instituciones, cabe asegurar, por otra parte, que las teorías se han sucedido desde la misma Antigüedad a nuestros tiempos con discrepancias sensibles y dignas de ser examinadas, aunque habrá que adelantarse a decir que no siempre los puntos de vista más modernos parecen los más atinados.

He aquí que Aristóteles veía la base de la «realeza» en la clásica organización familiar patriarcal [1]. Es decir, que partía de la consideración de la organización social primaria, más conocida y común para los griegos: la que el sistema religioso de los mismos en la época homérica da también como fundamento, pues el mundo se ha de gobernar del mismo

[1] **Arist. *Pol.* 1252 *b* y 1259 *b*.**

modo que se gobierna el Olimpo, con un dios que es rey y padre de los demás, Zeus, según lo indica la *Ilíada* [2]. Más tarde los oradores desarrollarán el argumento [3], que Cicerón aun tenía en cuenta [4].

Pero claro es que hay monarquías y monarquías. Los «bárbaros» en general —dice Aristóteles mismo, por otra parte— son más serviles que los griegos, y los asiáticos más que los europeos. Aceptan así aquéllos una especie de tiranías institucionalizadas [5] que tienen poco que ver con las monarquías griegas de los tiempos heroicos [6] o con la espartana [7], que regía más modernamente. La división entre griegos y bárbaros es, de todas formas, insuficiente [8]; porque en el trance de llevarla a cabo, Aristóteles comete aquel error, común entre los hombres de su raza, al que los romanos aluden con ironía y que ya criticó Platón, que es el de dividir a todo el género

2 A 527-530.
3 Isócr. III 28.
4 *Resp.* I 36, 56.
5 Arist. *Pol.* 1284 *b*-1285 *a*.
6 Arist. *Pol.* 1285 *b*.
7 Arist. *Pol.* 1285 *a*.
8 Recordemos ahora que WARDE FOWLER, en su clásico librito *The City-State of the Greeks and Romans. A Survey Introductory to the Study of Ancient History*, Londres, 1908, 64-84, al considerar que la ciudad, en su forma originaria, estaba gobernada por reyes, da como otros tantos estadios, «sucesivos», los que representan las monarquías homéricas (65-74), de Roma (74-78) y de Esparta (78-84). Este es un sistema de considerar los hechos influido por una especie de evolucionismo unilineal propio de la época. Pero debe reflexionarse sobre él, aunque colocando siempre estos modelos en relación con los mucho más complejos de las sociedades preclásicas. Otro tanto cabe decir de la síntesis de FUSTEL DE COULANGES: *La cité antique*, París, 1874, 205-213.

humano en dos únicos grupos, el de los griegos de un lado y el de los bárbaros de otro, como si éstos constituyeran un todo homogéneo, como si no formaran y hubieran formado siempre una masa abigarrada de pueblos con lenguas, instituciones y caracteres muy distintos entre sí [9]. El viejo Heródoto ya había descrito muchas de sus diferentes costumbres e instituciones: incluso monárquicas. Con todo, el intento de clasificación de Aristóteles y su punto de arranque nos podrán servir de fundamento para investigaciones futuras mejor que los pensamientos sobre el particular de autores mucho más recientes.

Comenzó Voltaire [10] su artículo *Roi* del *Dictionnaire philosophique* transcribiendo las palabras que creía sinónimas de ésta en bastantes idiomas y añadía: *toutes expressions qui semblent signifier la même chose, et qui expriment des idées toutes différentes.*

A pesar de esta afirmación prometedora, parece que el patriarca de Ferney tenía una idea bastante mecánica y materialista del origen de la «realeza» en sí; también de sus consecuencias, pues muchas veces se ha repetido una sentencia en verso que se le debe [11], según la cual *Le premier qui fut roi fut*

---

9 Plat. *Pol.* 262 *d-e.* El extranjero habla con la autoridad consiguiente. Respecto a lo dicho de los latinos, véase Cicerón, *Resp.* I 37, 58.

10 *Dictionnaire philosophique* IV, París, 1821, 507-508 (tomo XXXII de la edición de Perronneau y Cérioux).

11 *Mérope,* acto I, esc. III.

un soldat heureux. Cosa que, de todas formas, parece más clara que la que enuncia otro verso de Lefranc de Pompignan [12], incluido en cierta tragedia, que sufrió el consiguiente corte y en el que parece haberse inspirado Voltaire mismo: *Le premier qui fut roi fut un usurpateur*. El concepto de «usurpador» es siempre harto problemático: más, usado en esta forma abstracta.

Pero sigamos. Para otro gran observador de las sociedades antiguas, la fuerza bruta no podía haber constituido nunca la base de la «realeza». En efecto, Polibio nos dirá que acaso los hombres en sus comienzos vivieron formando grupos que seguían al más fuerte y valiente, el cual impondría una «monarquía» en el sentido estricto de la palabra [13]. Pero la «realeza» propiamente dicha (βασιλεία) no puede surgir más que con el compañerismo (συντροφία) y la sociabilidad (συνήθεια); con el desarrollo de las ideas del Bien, de la Justicia y de sus contrarias [14]. He aquí algo más sutil también que lo dicho por Voltaire y Lefranc de Pompignan.

Por otra parte, si los filósofos y los historiadores políticos podían registrar variantes de la institución real, los geógrafos señalaban, ya en la Antigüedad también, variedad de formas de venerar

---

12 Según FOURNIER: *L'esprit des autres*, París, 1879, 241.

13 Pol. VI 5, 7-9.

14 Pol. VI 5, 10. Compárese con Cicerón, *Resp.* I 26, 42. El nombramiento del *rex* y la constitución del *regnum* se llevan a cabo en el mismo momento en que se constituyen los estados, al organizarse la *ciuitas* y el *populus*.

a los reyes o de hacer reyes a los hombres. ¡Qué distancia hay entre el antiguo héroe civilizador de la propia raza helénica, al que se erigía en rey por haber creado o inventado algo útil [15], y los reyes etíopes, encerrados en vida y adorados como dioses fetiches! [16].

2. Estudios sobre la «realeza» en el siglo XIX

Los historiadores del siglo XIX estudiaron con ojos críticos una gama más variada de instituciones referentes a la «realeza» y se dedicaron de nuevo a escudriñar respecto a sus «orígenes». También los filólogos, los etnólogos y los sociólogos aportaron un cúmulo de observaciones nuevas con objeto de esclarecer asuntos que los filósofos políticos, desde el Renacimiento, estaban dedicados a estudiar en otros términos; términos que contribuyeron no poco, según creo, a producir la confusión mental de muchos hombres no filósofos dados a la política de derecha o de izquierda. Dejemos a los tradicionalistas defender la ley sálica, a los liberales insistir sobre el liberalismo de las cortes medievales y a los republicanos comentar favorablemente al padre Mariana y sus teorías acerca del tiranicidio. Recordemos ahora, en cambio, que en aquellas tentativas clásicas decimonónicas de reconstruir los orígenes de las instituciones a que me he referido aparece un autor famoso, sir Henry Sumner Maine, que

15 Estr. I 2, 15 (23).
16 Estr. XVII 2, 2 (821).

consideró que el cambio social que se producía cuando se pasaba de una organización social basada en las relaciones de sangre, es decir, del régimen gentilicio, al fundado en la contigüidad local, o sea el Estado propiamente dicho, constituía una de las grandes revoluciones sociales acaecidas a la Humanidad [17]. No cabe duda de que la ley de la sangre no es la misma que la ley de la tierra, que el parentesco y la territorialidad presentan acomodos distintos en épocas remotas, produciendo formas de gobierno distintas. Surgirán así, en tales acomodos, aristocracias y monarquías según los casos.

Insistieron otros autores en estudiar los rasgos o caracteres religiosos sobre los que se fundaba la misma institución monárquica. Los egiptólogos, los asiriólogos, los indólogos hicieron grandes descubrimientos a este respecto y llevaron el momento de la aparición de las monarquías a fechas insospechadas antes; los filólogos estudiaron de modo comparativo el complejo vocabulario relacionado con las mismas. Y, en fin, allá por los años de 1877 antropólogos como Morgan aseguraban de modo categórico que la «realeza» no puede haber aparecido antes de la etapa que él llamaba de «civilización» y tampoco antes, en consecuencia, de la aparición de la escritura. Esto es ir demasiado lejos [18], y más desde un punto de vista estrictamente antropológi-

[17] Tengo ahora a mano la traducción francesa, *Etude sur l'histoire des institutions primitives*, París, 1880, 91.

[18] LOWIE: *Historia de la etnología*, México, 1946, 75-76.

co [19], porque, como se sabía incluso antes de que Morgan dogmatizara a este respecto, tipos muy definidos de «realeza» se descubrían entre los pueblos ágrafos, negros, de Africa [20], tipos que tampoco se ajustaban a la sentencia volteriana y que han dado mucho que hacer a los antropólogos e historiadores de las religiones contemporáneas, como se verá a continuación.

3. Algunas teorías antropológicas

Años después de que apareciera la obra más famosa, general y sistemática de Morgan, pero en época en que hacía furor el método comparativo, asociativo, aplicado a la Antropología, publicó Frazer su enorme tratado *The Golden Bough* [21], que parte de la idea de buscar en la magia los orígenes de la realeza o «Kingship». La magia «primitiva», «mezclada» con la religión, más «moderna», de modo peculiar.

En esquema, la tesis de Frazer es la que sigue. Muchas comunidades «primitivas» están interesa-

---

19 Morgan: *Ancient Society or Researches in the Lives of Human Progress from Savagery through Barbarism through Civilization,* publicado en 1877.

20 Frobenius, en escritos de juventud, utilizó ya testimonios portugueses sobre el reino del Congo de fines del siglo XV (*Die Reiche Kongo, Dongo, Loango. Der Zusammenhang in ihrer Begründung und Geschichte,* en *Ausfahrt von der Völkerkunde zum Kulturproblem* I, Francfort, 1925, 98-105. Y los exploradores de Africa del siglo XIX, como Speke, describieron con bastante detalle estados monárquicos.

21 La primera parte, en dos volúmenes, se titula *The Magic Art and the Evolution of Kings.* La tercera edición, reimpresa muchas veces, es de Londres, 1911.

das, ante todo, en la fertilidad de las tierras y de los animales. Un utilitarismo básico les hace fundar sus ideas mágicas y religiosas en ritos destinados a promover la fertilidad y en cultos a dioses asociados con la vegetación y el tiempo. Como el año, estos dioses parecen tener un ciclo de nacimiento, de auge y muerte. Los reyes primitivos serían dioses encarnados, reyes divinos que experimentarían la misma suerte que el año y que ciertos dioses no encarnados. Durante la época de mayor fuerza vital del rey, ésta se manifestaría sobre plantas y animales; pero, al decaer la potencia física del mismo, sus súbditos, tierras y ganado decaerían paralelamente, de suerte que, al fin, se impondría el sacrificio, la muerte ritual del rey divino y su sustitución por otro mejor dotado desde el punto de vista vital.

Las bases que daba Frazer a su tesis eran amplísimas. Partía del estudio del mundo clásico; de un caso antiguo de rey sacerdote de Diana amenazado siempre de muerte violenta según la tradición [22]. Las encuestas seguían con otros ejemplos de la Antigüedad y de países muy lejanos entre sí y sociedades observadas más modernamente. No dejaba de hallar supervivencias, «survivals», en el «folklore» europeo. Difícilmente podrá imaginarse una averiguación más vasta fundada en el desarrollo de un tema más concreto y, en apariencia, pequeño. Frazer parece que se deleitaba analizando y discutiendo los datos más equívocos y problemáticos que le ofre-

22 El *rex Nemorensis* del que habla Suetonio, *Calig.* 35.

cía la Humanidad entera puesta a creer y a expresar sus creencias en ritos sombríos o poéticos, en «espíritus vegetales».

Las ideas de Frazer se divulgaron mucho entre 1910 y 1920 [23]. El «vegetacionismo» hizo furor. Después empezaron a tener menos secuaces y hacia 1930 ya habían entrado en un período de regresión absoluta. Hoy constituyen un venerable monumento de la erudición británica; pero parecen menos defendibles que las de Polibio o Aristóteles. Hay que reconocerlo, aunque sea con tristeza, como yo lo hago ahora.

Porque los que, allá en la adolescencia, leíamos con avidez e inquietud romántica la prosa solemne y florida del antropólogo y humanista escocés, tuvimos que enterarnos luego, algo mohinos en verdad, de lo que escribieron sus críticos, que no fueron pocos. Los hubo, en efecto, que salían del campo de las mismas antigüedades clásicas; otros del de la Egiptología, otros del del «folklore» europeo; los más duros, al fin, fueron los que, dando un viraje contra las tendencias de «anticuario» en Antropología, combatidas por Malinowski de modo general, trataron en particular de algunos de los casos fundamentales en la construcción frazeriana. Así, por

---

23 Así se siguen fielmente en el artículo introductorio de CRAWLEY: *s. v. King* de la *Encyclopaedia of Religion and Ethics edited by James Hastings* VII, Edimburgo, 1955, 708-711 (la primera edición es de 1914). Aunque los que vayan detrás acerca de los sistemas en Egipto, Grecia y Roma, India, Irán, Islam, semitas, teutones y litoeslavos (págs. 711-732) no lo sigan.

ejemplo, Evans Pritchard tomó en cierta ocasión como tema de estudio el de «the divine kingship» de los shilluk y negó que aquel caso se ajustara a lo indicado por Frazer [24]. Otros autores le han seguido [25]. En general, todo lo que se estudiaba en tiempos de Frazer a la luz de criterios espirituales mágicos y religiosos, casi siempre intelectualistas, se ha vuelto a estudiar dentro de marcos sociales y «políticos» más «normales» y acaso «vulgares». Y no sólo lo que él investigó es objeto de críticas, sino que también lo es lo dicho sobre los reyes africanos por antropólogos de escuela muy distinta a la suya, como León Frobenius [26], con el que tampoco estaba de acuerdo Evans Pritchard en su análisis crítico citado [27]. Dejemos, pues, esta clase de investigaciones a un lado. Dejemos también, a otro, las secas sugerencias de Voltaire y volvamos a un mundo donde las Humanidades clásicas tienen pleno y absoluto dominio. Al mundo que conocían Aristóteles y Polibio. Pero este mundo mismo no puede estudiarse hoy de modo autónomo, como se hacía desde el Renacimiento hasta comienzos del siglo XIX, sino que, por lo menos, hay que ponerlo en conexión, bus-

24 EVANS PRITCHARD: *The Divine Kingship of the Shilluk of the Nilotic Sudan,* Cambridge, 1948.

25 LUCY MAIR: *Primitive Government,* Harmondsworth, 1962, 229-233 especialmente.

26 *Atlas Africanus,* fascículo 2 (Munich, 1922), hoja 7 (*Der König ein Gott*): mapas de L. Ritter von Wilm, de 1921.

27 EVANS PRITCHARD: *o. c.,* 36.

car sus relaciones con la Europa prehistórica y con el Oriente Antiguo.

4. Datos de la Historia antigua

En suma, los «espíritus vegetales» no nos explicarán los orígenes de la «realeza». Las teorías de los que algún helenista inglés llamó irónicamente «los vegetarianos» no nos pueden servir de clave universal. Pero no cabe duda de que abrieron un camino hacia campos inexplorados y de que a las secas razones de los historiadores y juristas, ocupados en el análisis de las teorías políticas, añadieron unos elementos de profundidad no poco enigmáticos. De esta suerte, hoy, para estudiar los orígenes de la «realeza» en general o en particular, tendremos que hacer lo que hizo Cicerón al exponer los de la «realeza» en Roma: *a fabulis ad facta ueniamus* [28]. Las fábulas no se pueden echar por la borda; hay que estudiarlas en toda su profundidad.

Consideran los antropólogos con inquietudes históricas [29], así como los arqueólogos preocupados por ajustar las investigaciones que son más de su incumbencia a criterios sociológicos y económicos [30], que la institución real como tal se empieza a dar en las edades del Cobre y del Bronce más primitivas con un desenvolvimiento especial de las ciudades.

---

28 *Resp.* II 2, 4.

29 Kroeber: *Anthropology*, Nueva York, 1948, 704-707.

30 Gordon Childe: *What Happened in History*, Harmondsworth, 1950, 66-67, 100, 113, 116-117, 152, etc. (en principio es bastante «frazeriano»).

Ciertos de los reyes del Antiguo Oriente fueron «reyes divinos» y acaso dieron el primer modelo, como en tantas cosas el Oriente lo dio, a los pueblos occidentales, europeos. No ha de desterrarse tampoco la idea de que algunas de las formas rituales e institucionales de las que Frazer puso de relieve y asoció, acaso con excesiva confianza, hayan tenido oscuros procesos de difusión que explicarían ciertas semejanzas rituales muy concretas registradas en pueblos muy lejanos entre sí tanto en el tiempo como en el espacio. En todo caso, la idea de que existen los «reyes divinos», los «reyes vicarios de Dios» y los «reyes sacerdotes» y «legisladores» desde la época de los egipcios, los sumerios, los babilonios y los cretenses es algo que se impone a antropólogos e historiadores de tendencias muy varias y que también relacionan su existencia con la de ciertas formas y niveles económicos, aunque no sea con la rigidez de Morgan [31]. Habrá ocasiones en que los etnógrafos nos hablarán de «Königskulturen» propiamente dichas [32]. Se hallará, por ejemplo, en el Africa oriental y central de nuestros días una variedad considerable de sistemas políticos en que la «realeza» desempeña un papel fundamental y donde sufre variaciones sensibles y se ajusta a reglas complejísimas, imposibles de estudiar de modo paralelo en los textos antiguos que nos hablen de la misma

31 THURNWALD: *Des Menschengeistes Erwachen, Wachsen und Irren,* Berlin, 1951, 317-325.

32 DITTNER en TISCHNER: *Völkerkunde,* Francfort, 1959, 175.

institución real, aquí y allá [33]. Las monografías de los modernos antropólogos sociales son, a este respecto, algo que nos hace ver cuán pobres e insuficientes resultan casi todos los testimonios de la Antigüedad, aunque, por otra parte, no siempre el vocabulario político europeo actual nos da la impresión de traducir bien lo que aquellos antropólogos observan [34]; y, además, casi siempre se trasluce demasiado a qué grupo ideológico o político pertenecen los observadores [35].

A veces también el observador, el autor de la monografía detallada sobre un pueblo monárquico actual, no ha podido sustraerse a la tentación de buscar un paralelismo en la Historia, como cuando, por ejemplo, Nadel definió [36] el reino de Nupe en Nigeria como «a black Byzantium». Lo que echamos ostentosamente por la puerta delantera lo introducimos subrepticiamente por la de atrás. Así ocurre con el pobre método comparativo tan criticado hoy.

Pero, en fin, todas estas averiguaciones nos servirán de aviso, o de propedéutica, en nuestra humilde y pequeña empresa de hoy, a la que aún han de preceder unas cuantas observaciones generales más.

Dentro del conjunto de pueblos que Aristóteles

---

33 FORTES-EVANS PRITCHARD: *African Political Systems,* Oxford, 1940.

34 Un estudio excelente es el de HILDA KUPER: *An African Aristocracy. Rank among the Swazi,* Oxford, 1947.

35 Cf., por ejemplo, GLUCKMAN: *Custom and Conflict in Africa,* Oxford, 1955, 27-53.

36 NADEL: *A Black Byzantium: the Kingdom of the Nupe of Nigeria,* Oxford, 1942.

englobaba bajo la denominación de «bárbaros» y de los que conocía varias constituciones políticas, dentro del conjunto de sistemas monárquicos, estudiados por los antropólogos e historiadores desde puntos de arranque distintos y con métodos a veces contrarios, no hay más remedio que distinguir varias clases de reyes y de «realeza» atendiendo a los criterios del significado religioso de la «realeza» en sí; del significado territorial o geográfico; del significado económico; del significado bélico y del significado étnico o dentro de un sistema determinado de linajes y parentescos.

En primer lugar los pueblos antiguos han tenido conceptos muy diferentes entre sí con relación a la «realeza», al rey e incluso a la organización material de la administración monárquica: palacios, propiedades muebles e inmuebles, rentas, etc. Preciso es advertir asimismo que los griegos, primeros observadores sistemáticos de las formas varias de vida humana, han interpretado a su modo aquellos conceptos, reglas y organizaciones. Pero no todo es caprichoso en su interpretación, de suerte que, en parte, obedece a la realidad y en parte también nos sirve para establecer semejanzas o diferencias. He aquí algunas dignas de ser tenidas ahora muy en cuenta.

1. En Egipto, el rey, señor, padre, Faraón ya muy tarde, era un dios sobre la tierra. Heródoto dirá que Horus fue el último dios que vivió en sociedad con los hombres y que fue rey de ellos a la

par [37]. Pero los egiptólogos han llegado más allá, han encontrado especificado en el estudio de los textos egipcios el carácter divino de los reyes históricos en forma que no tiene lugar a dudas. Son encarnaciones de Horus. Se coloca la entronización del primero de la primera dinastía hacia el año 3200 a. de J. C., así es que desde entonces, por lo menos, esta forma peculiar de «realeza» ha de ser considerada como un modelo que puede haber inspirado a otras instituciones del mismo modo como se supone que ciertos de los ritos funerarios egipcios inspiraron los de otros pueblos posteriores [38].

2. Más he aquí que, en cambio, el soberano de los pueblos históricos más antiguos de Mesopotamia se nos presenta no como dios, sino como un «vicario» de la Divinidad. Antes del diluvio los sumerios fundaron varias ciudades junto con la más famosa, Ur. En sus anales parece que se asevera [39] que, después del cataclismo, «descendió otra vez del cielo la realeza». En fechas remotísimas nos encontramos, pues, con dos sistemas distintos en relación con el asunto del origen de la «realeza» en sí y la natu-

---

37 Heród. II 144.

38 De todas formas, entre algunos historiadores de la Antigüedad que fueron grandes egiptólogos a la vez, los hay, como E. MEYER en los prolegómenos de su historia famosa (*Histoire de l'Antiquité* I, tr. fr., París, 1912, 62-68, §§ 25-28; compárese con el cuadro rígido de la realeza egipcia en II 1914, 165-169, §§ 219-221), que ya señalaban la multiplicidad de formas en la organización política de los pueblos históricos.

39 WOOLLEY: *Ur of the Chaldees,* Harmondsworth, 1940, 18.

raleza del rey. El rey de los sumerios era el gerente o vicegerente de Dios sobre la tierra: su granjero también. La corte del rey tenía que ser similar al templo de Dios [40]. Pero la suerte de las ciudades sumerias fue distinta. Se enfrentaron unas con otras. Llegaron invasores, destructores. La autoridad real se fragmentó; pero el principio monárquico de la gerencia duró aún siglos e incluso milenios, porque no hay que olvidar que Ur existía por los años de 3.200 a. J. C. [41].

Puede afirmarse que la idea de justicia, la administración de las propiedades de los templos, etc., son distintas en función de los dos principios. En Mesopotamia las propiedades agrícolas y los templos mismos parecen haber tenido una autonomía mucho mayor que en Egipto.

3. Al examinar lo que se ha descubierto de un tercer pueblo antiquísimo, los hititas, nos hallamos ante un rey que contaba con un estado creado por guerreros de raza extraña que constituyen una aristocracia, que establecen jerarquías fundadas en ella, que excluyen incluso a los «viejos» o senado director de los negocios de las ciudades dominadas, que imperan plenamente sobre agricultores y artesanos, pero que consideran a la servidumbre más que otros pueblos de Oriente [42]. Así puede decirse que el rey de los hititas conservó los atributos de sumo sacer-

40 WOOLLEY: *o. c.*, 102.
41 WOOLLEY: *o. c.*, 24.
42 GURNEY: *The Hittites*, Harmondsworth, 1952, 67-72.

dote, pero perdió fuerza ante las asambleas aristocráticas.

4. Los asirios se rigen dando un giro especialmente bélico a su monarquía: el rey es también delegado de Asur, un dios máximo, «gentilicio» y «nacional» a la par, podemos decir. La caída de Nínive, el año 612 a. J. C., marca el final de una hegemonía que Heródoto calculaba que tuvo 520 años de duración [43].

5. En este período aparecen monarquías esencialmente plutocráticas, como la lidia, que viene a representar también la relación cultural de Oriente con los griegos en una fase decisiva de su Historia. Para Heródoto mismo [44] los lidios fueron los inventores de la moneda de oro y plata y del comercio menudo.

6. Lidios y persas, que fueron los bárbaros que produjeron más zozobras a los griegos, dan otro giro distinto a la «realeza». Pero, así como la monarquía asiria viene a continuar la vieja tradición sumeria, los persas establecen un compromiso parecido al de los hititas entre un poder real, emanado del dios de su estirpe, Ahuramazda, y el poder de la misma aristocracia dominante, indoeuropea como la hitita [45].

---

43 Heród. I 95.

44 Heród. I 94.

45 La monarquía persa fue idealizada por algunos autores griegos, según es sabido, y así, Jenofonte escribe la *Ciropedia* con un ánimo bien distinto al de Platón en sus escritos políticos. Cf. también Cicerón, *Resp.* I 28, 44.

Todo esto ha gravitado algo sobre el mundo clásico [46]. Pero en las costas, islas y penínsulas del Mediterráneo también se constituyeron monarquías que partían de bases distintas tanto en lo religioso como en lo económico.

7. El pueblo cretense dio una antiquísima: una monarquía talasocrática que duró mucho tiempo al parecer y que, desde la época en que Evans hizo sus descubrimientos sensacionales, se llama «minoica» con mayor o menor propiedad, porque su comienzo empieza muchos siglos antes de cuando Homero consideraba que había vivido Minos (o «uno de los Minos», diríamos), abuelo de cierto héroe de la guerra de Troya [47]. El comienzo del «minoico» primitivo se coloca por los años 2900 a. J. C.; la duración del más tardío, hacia 1200-1100 [48]. Minos aparece en las leyendas griegas con caracteres equívocos. Porque, de una parte, es el rey legislador y justiciero por excelencia; un rey, hijo de Zeus y de Europa, que recibe avisos y consejos de Dios en el retiro de una montaña como Moisés [49], que tuvo como tributarias muchas ciudades y que fundó otras. Pero que, por otro lado, es objeto de leyendas sangrientas y sombrías a las que se buscan especiales razones [50]; y no fal-

---

46 Sigo el examen sugestivo de LEVI: *La lotta politica nel mondo antico,* Milán, 1963, 9-40.

47 N 450-451.

48 SINCLAIR HOOD: *The Home of the Heroes. The Aegean before the Greeks,* Londres, 1967, 135.

49 HARREL-COURTÈS: *Les fils de Minos,* París, 1967, 63.

50 HARREL-COURTÈS: *o. c.,* 63-69, sobre los equívocos.

tan testimonios que se refieren a «varios» Minos [51] y que parecen indicar la existencia de largas dinastías.

8. Aun nos queda el recuerdo de otras monarquías talasocráticas, como la de los fenicios, que de la órbita egipcia pasan a la de los asirios y persas; o la misma de Salomón.

9. Y aun, más modernamente, hemos de contar con la existencia de las monarquías de los etruscos, romanos y otros pueblos [52], sin dejar de incluir en la lista una propia de los pueblos del extremo Occidente: los de nuestra península.

10. También las distintas monarquías griegas propiamente dichas, que no se reducen a las homéricas y a la espartana, han de entrar en consideración.

En suma, el esquema de Aristóteles se descompone; los tipos de «realeza» se multiplican en el tiempo y en el espacio. Pero claro es que, dado el ámbito geográfico en que se da memoria de las monarquías ibéricas, hemos de fijarnos más en unas que en otras, dejando las especulaciones generales sobre «orígenes» fuera de nuestro marco de investigación. Con las recordadas en páginas anteriores puede ponerse el intento de Fritz Graebner, el cual

---

51 Diod. IV 60 dirá que Minos I era abuelo de Minos II. Se ha supuesto que era título dinástico, como el de Faraón.

52 En realidad la monarquía romana parece, en gran parte, un calco de la etrusca, si es que no es etrusca en su fundamento (BLOCH: *The Etruscans*, Londres, 1965, 116-118).

establecía una conexión entre un principio religioso de tendencia monoteísta, que consideraba propio de las «altas culturas» antiguas, con el sistema monárquico en el que el rey es idéntico al Estado [53]. Dejemos también a un lado estas especulaciones histórico-culturales que hacen aparecer «Das absolute Königtum» en los llamados por Graebner mismo círculos o ciclos culturales secundarios [54]. Pero recojamos las enseñanzas de la Historia y de la leyenda. Observemos así, con relación a los pueblos del Mediterráneo europeo, que los griegos colocan en la fase constitutiva de las monarquías legendarias, al comienzo, la acción de un legislador: Minos en Creta, Teseo en Atenas, Licurgo en Esparta [55]. Rómulo en Roma será acaso en la serie el más moderno. Cicerón lo considera como personaje de una época ya ilustrada por «letras» y doctrina acerca del que no cabe pensar que se dijeran fábulas como las que se forjaban en épocas en que «no se usaba» la escritura y en que vivía una Humanidad inculta [56]. Subrayemos el interés de su criterio histórico-cultural.

La cuestión que se plantea ahora, en consecuencia, es la de saber si, a base de los datos con que contamos, datos de origen griego casi en su totalidad, podríamos determinar, dentro de tan variada

53 GRAEBNER: *Das Weltbild der Primitiven. Eine Untersuchung der Urformen weltanschaulichen Denkens bei Naturvölkern,* Munich, 1924, 113-115.

54 SCHMIDT-KOPPERS: *Der Mensch aller Zeiten. Gesellschaft und Wirtschaft der Völker,* Ratisbona, 1924, 337.

55 Cicerón, *Resp.* II 1, 2.

56 *Resp.* II 10, 18.

serie, a qué grupo o grupos de los enumerados se parecen más las instituciones reales de la España antigua; o, por lo menos, con qué monarquías podrían compararse mejor las que se dan aquí.

Para ello hemos de aplicar un método algo más ceñido que los comparativos antiguos. Mas bueno será recordar que hace mucho también que el historiador inglés Freeman comparó los caracteres fundamentales de la realeza entre los griegos, los romanos, los teutones y otros pueblos relacionados con éstos para extraer unos principios [57] válidos, por lo menos, entre los pueblos que se llamaban entonces con mucho énfasis y hoy se siguen llamando, aunque no con tanta prosopopeya, pueblos indoeuropeos.

Porque todavía hay que hacer otro apartado con las monarquías de los pueblos nómadas, como los escitas y los celtas y germanos más antiguos. Cuando el padre Heródoto describió también las costumbres de los primeros [58] dio la imagen de lo que podía ser la institución real aplicada a una sociedad en un país de grandes corrientes fluviales, grandes pastos, pocos bosques, muchos ganados, agricultura limitada a unas áreas, sin casas permanentes ni ciudades en consecuencia. La «realeza»

---

57 FREEMAN: *Comparative Politics*, Londres, 1873, 137-188 en especial. Es lástima que no se conserve la obra de Suetonio *De regibus*, en tres libros, sobre los reyes de Europa, Asia y Africa. Ausonio, *Ep.* XIX, da algunas noticias acerca de ella.

58 IV 5-7 y las descripciones que siguen.

se configura también en suma, por decirlo así, de acuerdo con determinados ambientes y ciertas formas básicas de vida, y es claro que en los países del Mediterráneo occidental europeo tiene unas expresiones que podríamos considerar «tardías», dado que en Grecia misma hacia el año 700 a. J. C. los regímenes monárquicos están en crisis y es a fecha algo más tardía a lo que se refiere nuestra memoria histórica de una monarquía peninsular.

II

El primer rey histórico y la primera monarquía peninsular

1. Los reyes falsos y el primero verdadero: sus rasgos

La primera referencia sucinta, pero fidedigna, que tenemos a reyes y reinos en la España antigua fue eclipsada y hasta cierto punto desvanecida, durante algún tiempo, por obra de otras referencias abundantes... pero absolutamente falsas. Si abrimos el tomo primero del *Compendio historial d'España* de D. Esteban de Garibay y Zamalloa [1], al libro cuarto hallaremos hasta treinta capítulos sobre los antiguos y primeros veintisiete reyes de España, empezando por el patriarca Tubal y acabando con Abidis.

No mucho tiempo después de que escribiera Garibay, el padre Mariana desterraba ya severamente de su narración histórica a casi todos estos reyes [2] por ser *reyes fabulosos,* salidos de un libro compuesto de mentiras: el que se publicó *con nombre de Beroso.* No es cosa de recordar ahora la historia de esta falsificación memorable y de sus derivaciones. *La vanidad antigua de los Griegos, Impostores, y las fábulas modernas del famoso Dominicano de*

---

1 *Los XL. libros d'el Compendio Historial. De las Chronicas y vniversal Historia de todos los reynos de España* I, Amberes, 1571, 81-119.

2 *Historia general de España* I, cap. VII (*Obras* I, B.A.E. XXX, pág. 7 *b*).

Viterbo, son dos lagunas inmundas que han ofuscado con sus vapores las antiguas Historias Españolas. Aceptemos una parte de esta afirmación del abate Masdeu [3] sin meternos en más honduras. El catálogo de Annio de Viterbo, es decir, el falso Beroso [4] queda fuera de la historia antigua; y el hipercrítico abate destierra, además, algo que Mariana, Ferreras y otros aceptaron. Algo sobre lo que volveremos: varios textos de los griegos «impostores», maestros de todo y para todo.

Pero vamos al fondo de la cuestión. El primer rey de que se nos habla en fuentes muy antiguas, no como de un rey de toda la península (cosa que el falso Beroso [5] estableció, en relación con los de su lista, quizá para satisfacer las ansias restauradoras, unitarias, de los Reyes Católicos), sino como de

---

3 JUAN FRANCISCO DE MASDEU: *Historia crítica de España y de la cultura española* II, Madrid, 1784, 1.

4 *Berosi sacerdotis / Chaldaici, antiqvitatvm Italiae ac totivs or-/ bis libri quinque, Commentarijs Ioannis Annij / Viterbensis, Theologiae professoris illustra-/ti, adiecto nunc primum Indice lo-/cupletissimo, & reliquis eius argu-/menti authoribus, quorum no-/mina sequenti pagella vi-/dere licet. // Aeditio vltima, ceteris longe / castigatior. // Antverpiae,/ In aedibus Ioan Steelsi / M.D.LII.* Esta edición conserva la dedicatoria a los Reyes Católicos. El libro VIII (págs. 290-307) lleva el título que sigue: *Liber Ioan. Annii Sacrae Theologiae professoris. De primis temporibus, & quatuor ac viginti regibus Hispaniae & eius antiquitate.* Se divide en veintisiete capítulos. Los reyes son *Tubal, Iberus, Iubalda, Brigus, Tagus, Betus, Gerion, Trigeminus, Hispalus, Hispanus, Hercules Lybicus, Hesperus, Italus Atlas, Sycoris, Sicanus, Sicellus, Lusus, Siculus, Testa, Romus, Palatuus, Caccus, Erythrus* y *Mellicola Gargoris.*

5 Annio de Viterbo, G. Nanni (1432-1502), publicó los textos aludidos en 1497. Unos le consideran falsario deliberado; otros creen que fue el primer engañado.

una parte de ella, es, según mi cuenta, Argantonio o *Arganthonius*. Un rey «real»: no un rey mítico, como otros de que luego habrá que tratar y que aparecen en textos griegos y latinos. Antes de ocuparnos de éste conviene aclarar, sin embargo, que la idea de que en tiempos muy remotos vivieron unos reyes que lo fueron de Iberia o Hispania en conjunto existió en la Antigüedad. De ella arrancan, sin duda, las listas falsas.

He aquí, por ejemplo, que Diodoro de Sicilia, tratando de los trabajos de Hércules y al hablar de Gerión, alude también a un Crisaor, «el de la espada de oro», que era rey de toda Iberia [6]. El «rico» por excelencia: el nombre no puede ser más helénico, sin embargo. Pero por ahora dejaremos al rey legendario «de la espada de oro» y trataremos del rey de la plata.

Acerca de su existencia existen dos testimonios muy viejos, en efecto: el de Anacreonte, nacido a la mitad del siglo VI a. J. C., y el de Heródoto (ca. 480-425 a. J. C.).

El primero nos ha sido conservado por Estrabón y lo constituyen cuatro versos que corren así [7]:

---

[6] Diod. IV 17, 2 (διεβεβόητο γὰρ κατὰ πᾶσαν τὴν οἰκουμένην ὅτι Χρυσάωρ ὁ λαβὼν ἀπὸ τοῦ πλούτου τὴν προσηγορίαν βασιλεύει μὲν ἁπάσης Ἰβηρίας).

[7] Estr. III 2, 14 = Anacr. fr. 16 P. Aunque todos los textos que se citan han sido examinados directamente, indicaré en las notas el lugar que ocupan en las *Fontes Hispaniae Antiquae* (*F.H.A.*) de Schulten. Este, en I 184.

'Εγὼ δ'οὔτ' ἂν 'Αμαλθίης
βουλοίμην κέρας οὔτ' ἔτεα
πεντήκοντά τε κἀκατόν
Ταρτησσοῦ βασιλεῦσαι,

yo no desearía para mí ni el cuerno de Amaltea ni reinar ciento cincuenta años en la dichosa Tarteso [8].

Gran felicidad y longevidad extraordinaria se atribuía a los tartesios, *y sobre todo a sus reyes* (καὶ μάλιστα τοὺς ἡγεμόνας), según el comentario de Estrabón mismo [9]. Y Heródoto, al que recuerda Estrabón también en este pasaje de su *Geografía,* dice por su parte [10]:

'Απικόμενοι δὲ ἐς τὸν Ταρτησσὸν προσφιλέες ἐγένοντο τῷ βασιλέι τῶν Ταρτησσίων, τῷ οὔνομα μὲν ἦν 'Αργανθώνιος, ἐτυράννευσε δὲ Ταρτησσοῦ ὀγδώκοντα ἔτεα, ἐβίωσε δὲ ⟨τὰ⟩ πάντα εἴκοσι καὶ ἑκατόν,

llegados a Tarteso hicieron amistad con el rey de los tartesios, de nombre Argantonio, que dominó durante ochenta años y vivió ciento veinte.

Los que llegaron a Tarteso e hicieron tal amistad fueron los focenses, y de acuerdo con el estudio de los viajes de éstos habrá que colocar la vida de Argantonio del año 670 al año 550 a. J. C. y su rei-

---

8 Traducción de GARCÍA Y BELLIDO: *España y los españoles hace dos mil años según la «Geografía» de Strábon,* Madrid, 1945, 116.

9 Estr. *l. c.*

10 Heród. I 163 (en I 165 se indica que Argantonio había muerto cuando los foceos dejaron su país bajo la presión de los persas; *F.H.A.* II 26).

nado desde el año 630 [11]. Anacreonte, poeta al fin, aumenta el reinado a más años de los que Heródoto, historiador, da a la totalidad de la vida del rey.

El rey (βασιλεύς), guía, conductor, jefe (ἡγεμών), que ejerce el poder absoluto, como lo indica el empleo del verbo τυραννεύω, usado por Heródoto en otras ocasiones [12], siempre para hacer resaltar la existencia de aquel poder, incluso en lo peyorativo. Otros textos vienen a indicar que también usó el verbo para expresar el hecho de estar sometido a un tirano [13]. Pero no extraigamos de tales textos más que lo justo para aclarar la posición institucional que da a Argantonio; y recordemos a Aristóteles cuando aludía a la mayor servilidad de los bárbaros en general, aunque en esto diera el primer lugar a los asiáticos.

Se dice que todas las referencias posteriores arrancan de estos dos textos [14]; a veces incluso los combinan mal. Cicerón sigue a Heródoto [15]. También Valerio Máximo, aunque parece haber tomado sus datos de Asinio Polión [16]. Apiano, en el contexto general, depende de Anacreonte a través de Polibio o de fuente menos pura [17].

---

11 SCHULTEN: *Tartessos*, Madrid, 1945², 93-94.

12 Heród. I 14 (tratando de cómo se apoderaron los Mérmnadas de la realeza), I 20, V 92 (tratando de Cípselo), etcétera.

13 Heród. V 55 y 78 (con relación a Atenas).

14 Cf. *F.H.A.* I 184.

15 Cic. *De sen.* 19.

16 Val. Máx. VIII 14, 3.

17 Ap. VI 11 (καὶ 'Αργανθώνιον αὐτῆς βασιλεῦσαι, ὃν ἐς πεντήκοντα καὶ ἑκατὸν ἔτη ἀφικέσθαι φασίν).

Plinio, por un lado [18], da a Argantonio ciento cincuenta años de vida; pero, por otra parte, limita su reinado a ochenta, siguiendo a Heródoto, y añade que se cree que comenzó a reinar a los cuarenta, lo cual da los ciento veinte de Heródoto [19]. Esto es una muestra de la prisa con que compilaba. Otros dan como similares las referencias de Anacreonte y Heródoto.

Así Luciano; pero, en realidad, éste sigue más al primero que al segundo cuando cifra en ciento cincuenta años la vida del rey, no sin observar que algunos consideran la noticia como fabulosa [20]. Censorino, por su parte, atribuye [21] a Heródoto la cifra que da Anacreonte: *ut Herodotus, apud quem legimus, Arganthonium Tartessiorum regem, centum et quinquaginta annorum fuisse.* Esto y lo que saca de Eforo respecto a los antiguos reyes de Arcadia, que se decía que habían vivido hasta trescientos años, le parecen también cosas fingidas: *Verum haec, ut fabulosa, praetereo.*

Aun hay algún texto más, como el de Flegón, en que se comete yerro parecido al de Luciano [22]. Des-

18 Plin. *N.H.* VII 154.
19 Plin. *N.H.* VII 156.
20 Luc. *Macr.* 10 (Ἀργανθώνιος μὲν οὖν Ταρτησσίων βασιλεὺς πεντήκοντα καὶ ἑκατὸν ἔτη βιῶναι λέγεται, ὡς Ἡρόδοτος ὁ λογοποιὸς καὶ ὁ μελοποιὸς Ἀνακρέων· ἀλλὰ τοῦτο μὲν μῦθός τισι δοκεῖ).
21 Cens. *De die nat.* 17.
22 Fleg. *Macr.* 4; recogió casi todos I. CASAUBON en su edición famosa, *Strabonis rerum geographicarum libri XVII*..., París, 1620, págs. 66-67 de los comentarios.

pués, Argantonio sigue siendo el símbolo de la felicidad de un reino o de un reinado y los poetas tardíos lo recuerdan incluso añadiéndole años de existencia [23]. Es, en fin, una figura propia para hacer comparaciones tópicas.

2. Reyes longevos y pueblos prósperos

Los historiadores y arqueólogos modernos que se han ocupado de este personaje han procurado esclarecer: *a*) el origen de su nombre y por él su filiación étnica; *b*) cómo se debe interpretar su legendaria longevidad; *c*) la extensión del antiguo reino de Tarteso sobre el que dominó. Con respecto al primer punto, recordaré ahora cómo Schulten, en la primera edición de su obra famosa, aceptaba, siguiendo a celtistas conocidos, que el nombre era céltico y que equivalía a «hombre de la plata» [24]. Pero veintiún años después prefería referirse a una etimología etrusca o tirsena [25]. Los griegos conocieron un monte de Bitinia con este mismo nombre [26], en el que Schulten también creía que habían existi-

---

[23] Silio Itálico, III 396-397, pero le hace vivir tres siglos y lo considera como rey guerrero (*Arganthoniacos armat Carteia nepotes. / Rex proauis fuit humani ditissimus aeui / ter denos decies emensus belliger annos*). Si el poeta no inventa esto, debe de provenir de una tercera fuente.

[24] Schulten: *Tartessos* 66-67.

[25] Schulten: *Tartessos*, 2.ª ed., 32, 37, 51, 94.

[26] Estr. XII 4, 2; *Arganthus* en Prop. I 20, 33.

do asentamientos tirsenos [27]. La posibilidad del «tirsenismo» de Tarteso (la colonización etrusca de las costas peninsulares) es de las que no quedan muy claras para los etruscólogos modernos [28].

Tampoco creo que los modernos arqueólogos españoles y los jóvenes historiadores de la Antigüedad, en general, hayan seguido con interés la hipótesis etrusca; sí han profundizado, en cambio, en el estudio de las relaciones de Occidente con los fenicios y sus continuadores los púnicos, subiendo o bajando las fechas de tales relaciones a la luz de criterios arqueológicos [29] frente a los textuales.

Parece claro que antes de las empresas de los foceos o focenses, simbolizadas por el viaje de Coleo de Samos a Occidente, que se fecha a mediados del siglo VII a. J. C. [30], los etruscos y cartagineses, en situación de armonía expresada en ciertos textos [31], o contendiendo como indican otros [32], tenían comer-

---

27 SCHULTEN: *Tartessos*, 2.ª ed., 37 y 94.

28 PALLOTTINO: *Etruscologia*, Milán, 1947, 89; SCULLARD: *The Etruscan Cities and Rome*, Ithaca, N. Y., 1967, 187.

29 Cf. ahora el último trabajo esforzado de J. M. BLÁZQUEZ: *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1968, además de otros de García y Bellido, etc., que se citan en el curso de estas páginas. Discusión importante, la de TARRADELL: *Economía de la colonización fenicia*, en *Estudios de economía antigua de la península Ibérica*, Barcelona, 1968, 81-97.

30 Heród. IV 152 (*F.H.A.* II 27-28); SCHULTEN: *Tartessos*, 2.ª ed., 81-82, 133. De este personaje se ocupó A. GARCÍA Y BELLIDO: *Hispania Graeca* I, Barcelona, 1948, 121-123 y *La península Ibérica en los comienzos de su historia*, Madrid, 1953, 189-195.

31 Arist. *Pol.* 1280 *a*.

32 Diod. V 20, 4, sobre su control de Occidente e intento de colonizar las islas del Atlántico.

cio con los países del extremo Oeste mediterráneo. Pero una cosa es que se encuentren huellas de tal comercio y otra es pensar que Tarteso era una fundación tirsena propiamente dicha. En todo caso, es lícito pensar que los griegos interpretaron a su modo un nombre más o menos indígena partiendo de la consideración de la palabra ἄργυρος «plata», del mismo modo como los celtas pudieron considerar la palabra *argant,* que en su idioma entraba en nombres de persona, de ciudad, etc. [33], y los romanos la voz *argentum.* Por otra parte, en el reino de Tarteso estaba el *mons Argentarius* [34], Ἀργυροῦν ὄρος[35], del que arrancaba el Guadalquivir o Tarteso mismo, cuyas corrientes arrastraban el estaño [36]. Que el prestigio de la plata y de la riqueza metálica influyó en la idea que tenían los griegos de Argantonio, se evidencia merced al texto de Heródoto mismo, que cuenta cómo el rey dio dinero a sus amigos los focenses para amurallar su ciudad: ἐδίδου σφι χρήματα τεῖχος περιβαλέσθαι τὴν πόλιν[37]. Argantonio es, pues, el símbolo de la riqueza de Occidente, así como su contemporáneo Creso (560-546) es el de las riquezas asiáticas y no resulta tan feliz al fin. Más mitificado es lo que se decía de Crisaor. Schulten consideraba que la longevidad, en el caso del rey, había que po-

---

33 SCHULTEN: *Tartessos,* 2.ª ed., 94, 208.

34 Av. *Ora mar.* 291, 297.

35 Estr. III 2, 11.

36 Cf. *F.H.A.* I 160 y 189; *Tartessos,* 2.ª ed., 118-119 (en Esteban de Bizancio, *F.H.A.* I 189, ἀπὸ ποταμοῦ τοῦ ἀπὸ τοῦ Ἀργυροῦ ὄρους ῥέοντος).

37 Heród. I 163.

nerla en relación con la fama de longevos de los turdetanos en general [38] y de los naturales del norte de Africa [39]. Es decir, que la daba como rasgo de tipo étnico [40].

García y Bellido, en su comentario al texto de Plinio ya citado [41], considera, en cambio, que esta longevidad, dada su inverosimilitud, debe interpretarse como la duración de una dinastía o la suma de dos o más reinados de soberanos del mismo nombre.

Personalmente me inclino a pensar que el asunto entra dentro de un ciclo de τόποι clásicos en torno a la longevidad y su significado como favor de los dioses y como prueba de felicidad. El mismo texto de Estrabón y el tratadito de Luciano ya citados nos pueden servir de punto de arranque para defender esto. Los reyes de Roma más devotos, como Numa y Servio Tulio, fueron longevos, aunque también lo fueron Tarquino [42] y varios tiranos de Sicilia [43]. Reyes viejísimos se dan entre los escitas, ilirios, macedonios, etc. Mueren muchos en lucha a los ochenta o noventa y tantos años [44]. Algunos llegan a cente-

38 Estr. III 2, 14.
39 Heród. III 23, Salustio *Iug.* 17, etc.
40 SCHULTEN: *Tartessos*, 2.ª ed. 239.
41 GARCÍA Y BELLIDO: *La España del siglo primero de nuestra era según P. Mela y C. Plinio*, Madrid, 1947, 262 (n. 186 al texto de la pág. 156); *Hispania Graeca* I 126-130; y, sobre Tarteso en general, *La península Ibérica*, 146-164.
42 Luc. *Macr.* 8.
43 Luc. *Macr.* 10.
44 Luc. *Macr.* 10-17.

narios [45]. Luciano trata luego de filósofos, poetas, gramáticos, pero no saca ninguna consecuencia «mística» de su ejercicio retórico. La longevidad, en general, se debe a causas naturales; concretamente, la de los reyes de Roma da un mentís a los que hablan mal del clima de Italia [46].

Pero creo que se puede defender que, a los ojos de muchos griegos y latinos, la existencia de reyes longevos estaba cargada de un significado más profundo o místico. Ya hemos visto cómo los reyes de Arcadia, los legendarios, se decía que habían vivido tres siglos. Esto en un país con rasgos primitivos que le acercarían a la Edad áurea en que los hombres vivían bajo el imperio de Crono y morían en un sueño, amados y benditos de los dioses [47]. No ha de perderse tampoco de vista que los griegos de la época preclásica, con Hesíodo a la cabeza, ponían en Occidente la morada de los Bienaventurados, en unas islas que quedaron bajo el reinado de Crono mismo después de destruidas varias razas de hombres [48].

La longevidad de los etíopes fabulosos de Heródoto, que eran los más altos y bellos de los hombres [49], a los que en la *Odisea* se coloca en el extremo occidental [50] del mundo, ha de ponerse también en conexión con estas creencias. Pero, por otra parte,

45 Luc. *Macr.* 17.
46 Luc. *Macr.* 9.
47 Hes. *Op.* 109-120.
48 Hes. *Op.* 167-173 y Diod. V 66, 4-6.
49 Heród. III 114.
50 α 23-24.

no hay que perder de vista otras conexiones, por ejemplo, las relativas a las generaciones humanas, que, según Heródoto, eran tres en cada cien años [51], lo que nosotros llamamos siglo, aunque, en realidad, el siglo originariamente era algo que tenía un significado eminentemente religioso entre los etruscos (*saeculum autem est spatium uitae humanae longissimum*) [52]. No es, pues, de modo estricto el siglo nuestro de cien años. El ritual etrusco establecía la división por siglos partiendo del día de la fundación de las ciudades y del nacimiento de los que aquel día venían al mundo: marcaba el siglo —precisamente— la muerte del que más vivía entre ellos [53]. Y, así, los anales de Etruria, según Varrón, contaban con ocho siglos descompuestos de esta suerte: 1, 2, 3 y 4 = 105 años cada uno; 5 = 123; 6 y 7 = 119; 8, en marcha [54]. Argantonio es expresión de un siglo particularmente largo y feliz.

Por otra parte, la longevidad próspera del rey está en relación con aquel pensamiento tan categóricamente expresado [55] en la *Odisea*:

Como de vn Rey muy rico y valeroso,
Que semejante a Dios, tiene su mando
En muchos hombres fuertes, y se estiende
Por ellos su justicia, y da su tierra

---

51 Heród. II 142.
52 Cens. *De die nat.* 17.
53 Cens. *l. c.* Varrón, *Ling. lat.* VI 11 dice que *seclum* viene de *senex*.
54 Cens. *l. c.*
55 τ 109-114.

Mucho trigo y cevada de contino,
Y se doblan los arboles del peso
De la gran abundancia de la fruta,
Y sus ovejas paren amenudo,
Y la mar le da peces sin medida,
Y sus gentes florecen, y gozando
De gran felicidad, son bien andantes,

según traducía el secretario Gonzalo Pérez [56]. El rey justo de los tiempos homéricos produce el bien, incluso físico; el injusto e irreligioso, toda clase de calamidades, tales como sequías, esterilidades, etc. [57]. Cuanto más viva el primero, mejor. Al segundo, bueno será sacrificarlo. Tarteso es, pues, un reino casi paradisíaco a causa de la bondad de su rey, ponderada por Heródoto; una bondad que parece corresponder también a aquel momento primero de la «realeza» descrito de modo genérico en su memorable esquema de las revoluciones políticas por Polibio, según el cual cae aquélla cuando los reyes abusan; es sustituida por la aristocracia; cae a su vez la aristocracia por abusos de los descendientes de los que la fundaron; y viene luego la democracia, que puede acabar también en manos de plutócratas y hombres corrompidos y corruptores [58]. La monarquía tartésica es feliz aún. *En los tiempos antiguos*

---

[56] *La Vlyxea de Homero, tradvzida de griego en lengua Castellana, por el Secretario Gonçalo Perez,* Amberes, 1556, fol. 343 v.

[57] Cf. Nicolás Damasceno, fr. 45 Jac. y Apolod. *Bibl.* III 5, 1.

[58] Pol. VI 7, 1-9 y VI 8, 1-6.

—nos dirá también Polibio [59]—, *los que habían sido elegidos para ejercer el oficio real continuaban desempeñándolo hasta que se hacían viejos, fortificando y cercando lugares y ocupando tierras para asegurar la tranquilidad de sus súbditos en un caso, para proveer con abundancia a sus necesidades en el otro. No vivían atacados por los celos y el vituperio, y ni su vestido ni sus comidas y bebidas eran distintas a las de los demás, como tampoco lo era, en general, su vida. Pero establecido el régimen hereditario, excitados los apetitos de los reyes y el deseo de distinguirse de los súbditos, expresado en atuendo especial, servicios extraordinarios y deseos inmoderados, la «realeza» comenzó a corromperse.*

3. La composición de un reino

El recuerdo de la historia legendaria de Roma es aquí patente; pero Polibio generaliza. Se constituyó así, a lo largo de la Antigüedad, una teoría acerca de la bondad primitiva de la institución real.

Con respecto a la configuración del reino de Tarteso como tal, indicaremos, en primer lugar, que, dejando a un lado la localización en el sur de España, que no ofrecía ya dudas a los humanistas del Renacimiento [60], como tampoco su más problemática

---

59 Pol. VI 7, 4-9.

60 *Tartessum in Hispania fuisse, aut certe ad Hispaniae oras Baeticae potissimum collocandum, certius est, quam ut magna probatione indigeat.* Esto dice el padre Juan de Pineda, sevillano, en su obra *Ioannis de Pineda hispalensis e Societate Iesv, Ad suos in Salomonem commentarios Salomon praevi-*

identidad con la bíblica Tarsis [61], se señalan varios integrantes: 1.º Una ciudad con su *a*) acrópolis; *b*) puerto; *c*) murallas; *d*) fortalezas marítimas; *e*) un emporio o mercado. Es, pues, una *ciuitas* o πόλις propiamente dicha: *ciuitas* la llamará Avieno [62]; Estrabón [63] y Pausanias [64] recordarán la πόλις antigua. Esteban de Bizancio [65] recogerá un viejo testimonio respecto a su existencia del siglo VI a. J. C.: ἐπιφανὴς πόλις en Escimno [66]. Para otros varios autores griegos no hay duda respecto a su excelencia y fama, asociada siempre al río [67] o a la marisma [68]. Los detalles topográficos más significativos los da Avieno: el *arx Gerontis* citado por dos veces [69], las murallas [70], los templos [71]. La categoría de emporio se la da, por encima de toda otra característica, Heródoto [72]: emporio inexplotado por los griegos en un tiempo, pero que debía de tener ya vida cuando Coleo pudo hacer en él sus transacciones, que, según el

---

vus, id est, de rebvs Salomonis regis libri octo, Lyon, 1609, 187 *a* (lib. IV, cap. XIV, II, núm. 1), con muchas autoridades.

61 Cf. PINEDA: *o. c.*, 188 *a* - 189 *b* (lib. IV, cap. XIV, II, núm. 2). El padre FLÓREZ, en la *España Sagrada* (IX, Madrid, 1860, 1-68), dio las bases para una geografía de la Bética antigua y habló algo de los tartesios (págs. 15-16).

62 Av. *Ora mar.* 290.

63 Estr. III 2, 11.

64 Paus. VI 19, 3.

65 *F.H.A.* I 189; cf. *ad loc.* (pág. 639 *b*) en la ed. de Tomás de Pinedo (Amsterdam, 1678).

66 162-168 (*F.H.A.* I 189).

67 Eustacio a Dionisio, 337 (*F.H.A.* I 189-190).

68 *Sch.* Aristóf. *Ran.* 475 (*F.H.A.* I 190).

69 Av. *Ora mar.* 263, 304.

70 Av. *Ora mar.* 297.

71 Av. *Ora mar.* 261.

72 Heród. IV 152.

cálculo de un autor inglés, habrían alcanzado una cifra equivalente a 150.000 libras; el diezmo dado por los samios al templo de Hera montaba a seis talentos [73]. La borrosa imagen que tenemos de Tarteso, que después de Schulten no se ha mejorado [74], es la de una ciudad mediterránea occidental típica. Y, en consonancia, es posible pensar que se fundó por razones de tipo económico muy concreto frente a aquellas que se crean por ampliaciones y reorganizaciones de linajes y gentes de origen común.

Aristóteles nos dirá que la πόλις era una unión de γένη y κῶμαι para llevar una vida perfecta y suficiente [75]. Es decir, que arranca de la organización gentilicia. Cicerón, en un texto recogido por san Agustín [76], dirá: *Breui multitudo dispersa atque uaga concordia ciuitas facta erat.* Un proceso de fundación puede ser completamente distinto a otro. Para que comerciantes, mercaderes y marinos, llegados de tierras lejanas a un sitio conveniente con objeto de desarrollar sus empresas, funden un emporio basta con comunidad de intereses económicos; no es forzosa total comunidad de linajes.

La significación del comercio en la constitución

---

[73] GLOVER: *The Ancient World,* Harmondsworth, 1966, 53.

[74] SCHULTEN: *Tartessos,* 2.ª ed.; sobre la ciudad, págs. 117 y 202. El mismo, en su edición de Avieno (*F.H.A.* I 75-76), considera originales los versos 265 y 266; 267 hasta el punto; 284-291, 296-303 y 308-309; y los demás, como interpolaciones.

[75] Arist. *Pol.* 1281 *a.*

[76] Cic. *Resp.* I 25, 39 (Agust. *Ep.* CXXXVIII 10).

de las grandes ciudades mediterráneas está mejor puesta de relieve en algunos textos antiguos que en trabajos teóricos modernos. A unos legisladores, como Licurgo, se les atribuye la restricción de viajar impuesta a los naturales del país y la expulsión de los extranjeros que no tuvieran oficios útiles, porque con ellos entraban en la ciudad ideas y sentimientos contrarios al orden político establecido [77]. A otros, en cambio, concretamente a Solón, se les asignan ideas opuestas en absoluto a éstas: el comercio, profesión honorable, abría comunicaciones con pueblos extraños, producía alianzas con reyes [78], hacía adquirir experiencias nuevas. Hombres sabios se dedicaron a él, como Tales e Hipócrates el matemático [79]. Argantonio hubo de profesar la misma opinión que estos sabios; y su ciudad sería reflejo de ella.

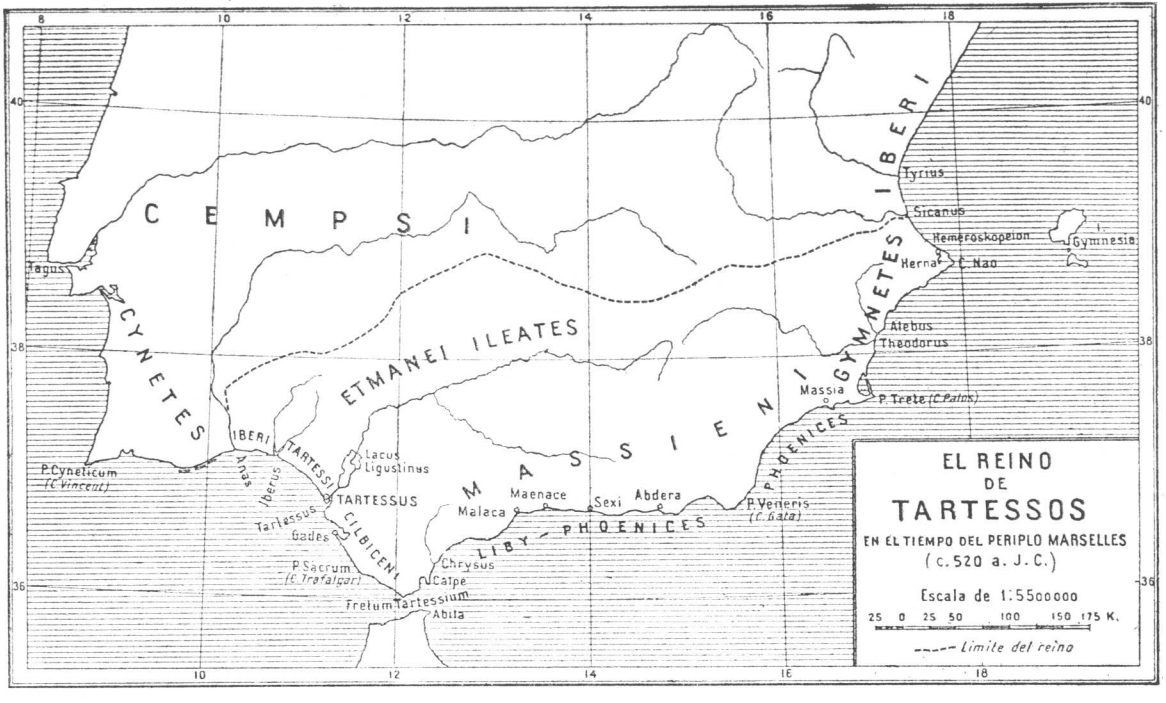
2.º En torno a Tarteso hay un territorio, un «hinterland», que ha dado más que hacer que cualquier otro asunto relacionable con el reino [80] a historiadores, arqueólogos e incluso geólogos, porque el curso del Guadalquivir en su desembocadura ha tenido cambios y en la mudable orilla del río está la clave de la situación de la πόλις, como las del Tíber y el Sena, el Támesis o el Ródano lo son de otras famosísimas desde una Antigüedad más o menos

77 Plut. *Lyc.* 40.
78 Plut. *Sol.* 2 (οἰκειουμένη τὰ βαρβαρικὰ καὶ προξενοῦσα φιλίας βασιλέων).
79 Plut. *l. c.*
80 SCHULTEN: *Tartessos,* 2.ª ed., 242-278.

remota. Todas las discusiones de los arqueólogos acerca de la situación de la ciudad de Tarteso dependen del modo de interpretar los textos relativos a estas riberas: Avieno hablará del río Tarteso y de su desembocadura con sus tres brazos [81], del *Tartessius sinus* [82], del *Tartessiorum mons* [83], del *Tartessium fretum* [84]. Dejo a un lado esta cuestión de topografía [85], aún no resuelta y que hace años produjo una serie de estudios interesantes [86].

3.° Otras varias ciudades quedan dentro del reino según textos muy viejos. Esteban de Bizancio da los nombres de varias, tomados de Hecateo (500 a. J. C.): Καλάθη, ciudad no lejana de las columnas de Hércules [87]; Ἐλιβύργη, ciudad «de Tarteso» [88]; Μαινόβωρα, entre los Mastienos [89]; Σίξος [90] y Μολύβδανα entre los mismos [91]. Otros nombres cabe recordar

81 Av. *Ora mar.* 225, 284, 290.
82 Av. *Ora mar.* 265.
83 Av. *Ora mar.* 308.
84 Av. *Ora mar.* 54.
85 Cf. sobre ella SCHULTEN: *Tartessos,* 2.ª ed., 243-278.
86 El geólogo Gavala dio base a algunos. CHOCOMELI: *En busca de Tartessos* (Valencia, 1940) y MARTÍN DE LA TORRE: *Tartessos. Geografía histórica del S.O. de España* (Sevilla, 1940-1941) coinciden en buscar la ciudad en la Mesa de Asta, bajo Asta Regia. PEMÁN: *El pasaje tartéssico de Avieno,* Madrid, 1941, examina el conjunto de datos siguiendo a Gavala. Aun hay otros intentos como el de BARBADILLO DELGADO: *Alrededor de Tartessos. Los descubrimientos de la Algaida,* Sanlúcar de Barrameda, 1950.
87 *F.H.A.* I 186.
88 *F.H.A.* I 186.
89 *F.H.A.* I 187.
90 *F.H.A.* I 187.
91 *F.H.A.* I 187.


EL REINO
DE
TARTESSOS
EN EL TIEMPO DEL PERIPLO MARSELLES
(c. 520 a. J. C.)
Escala de 1:5500000
25 0 25 50 100 150 175 K.
Limite del reino
CEMPSI
CYNETES
ETMANEI ILEATES
MASSIENI
GYMNETES
IBERI
IBERI
TARTESSI
CILBICENI
LIBY-PHOENICES
PHOENICES
Tagus
P. Cyneticum
(C. Vincent)
Anas
Iberus
Tartessus
Gades
P. Sacrum
(C. Trafalgar)
Fretum
Tartessium
Abila
Lacus
Ligustinus
TARTESSUS
Chrysus
Calpe
Malaca
Maenace
Sexi
Abdera
P. Veneris
(C. Gata)
Massia
P. Trete (C. Palos)
Alebus
Theodorus
Herna
C. Nao
Hemeroskopeion
Sicanus
Tyrius
Gymnesia

sacados de otras fuentes, como el de Λιγυστίνη, ciudad de los ligures cercana a Tarteso [92], que se pone en relación con la existencia del *Ligustinus lacus* [93].

4.º Estas ciudades se hallan asentadas en territorio amplio. En la primera edición de su obra ya dio Schulten el mapa adjunto, que reflejaba la extensión del reino de Tarteso hacia el año 520 a. J. C.; reproducido en la segunda, está basado sobre todo en el texto del periplo seguido por Avieno [94].

5.º Dentro de los territorios que comprende el reino se nota la existencia de varias gentes o grupos étnicos de orígenes diversos al parecer: *Hiberi* [95], *Tartessii* propiamente dichos [96], *Cilbiceni* [97], *Cynetes* [98], libiofenicios y fenicios [99], *Massieni* o *Mastieni* [100], *Bastetani* o *Bastuli* [101], *Gymnetes* [102], *Maesesses* [103], *Etmanei* [104], *Ileates* [105], *Cempsi* [106].

---

92 *F.H.A.* I 190.

93 Av. *Ora mar.* 284.

94 SCHULTEN: *Tartessos,* 1.ª ed., mapa II (I de la 2.ª ed.). Compárese con el mapa de *F.H.A.* I.

95 Av. *Ora mar.* 248-255. El río *Hiberus* aquí es el Tinto.

96 Muchas menciones de éstos en general: Avieno 113, 179 y 463, límite en general. Más circunscritos, el *Tartes(si)us ager* (223-224, 254, 332, 423, 428).

97 Av. *Ora mar.* 255, 303, 422.

98 Av. *Ora mar.* 201, 205, 223.

99 Av. *Ora mar.* 421, 459.

100 Av. *Ora mar.* 422, 450, 452.

101 Estos no aparecen en Avieno.

102 Av. *Ora mar.* 464.

103 No aparecen en Avieno; SCHULTEN: *Tartessos,* 2.ª ed., 207 considera que son gentes del interior basándose en Livio XXVIII 2.

104 Av. *Ora mar.* 300.

105 Av. *Ora mar.* 302.

106 Av. *Ora mar.* 195, 200, 257, 302.

Schulten habla así de un verdadero imperio de Tarteso cuya fundación fija hacia los años de 1200 a. J. C.; que habría sido destruido entre 520 y 509[107] y que estaría compuesto de pueblos ibéricos, célticos, fenicios y libiofenicios y tirsenos[108]. Compara este imperio con el de Síbaris[109], que, según Estrabón, fue ciudad fundada por un aqueo que dominó sobre cuatro «pueblos» vecinos y veinticinco ciudades, pudiendo mover a trescientos mil hombres en su guerra con los crotoniatas[110].

Otros paralelismos establece para defender que los tirsenos de Tarteso constituían una clase dominante, un grupo exiguo de conquistadores frente a los pueblos dominados de distinta estirpe. Pero tales paralelismos y los datos sobre los que se fundan creo que deben ser reexaminados con nueva atención.

---

107 SCHULTEN: *Tartessos*, 2.ª ed., 40-41, sobre la fundación de los tirsenos de Asia Menor y sus movimientos; 125, sobre la destrucción. Estas partes del libro son muy abundantes en conjeturas.

108 SCHULTEN: *Tartessos*, 2.ª ed., 209. Las adscripciones étnicas son frecuentemente problemáticas.

109 SCHULTEN: *Tartessos*, 2.ª ed., 127, 209, 276.

110 Estr. VI 1, 13.

III

La constitución mítica de un reino

1. Origen de la monarquía tartesia

Creo, en efecto, que, desde el punto de vista de las instituciones políticas, de la organización social, merece que analicemos el asunto en términos generales haciéndonos las preguntas siguientes:

1.ª ¿Cómo se llega a constituir este imperio?

2.ª ¿En qué grupo o categoría incluiremos a la monarquía tartesia, teniendo en cuenta lo dicho al principio?

3.ª ¿Sobre qué bases sociales y económicas se funda?

Si aceptamos la clasificación de los tipos de monarquía que da Aristóteles diremos, en primer lugar, que aquella representada por Argantonio es una monarquía patriarcal por excelencia. No se trata, en su caso, del soldado afortunado de Voltaire, ni del rey divino con suerte trágica de Frazer, ni del «monarca» de la horda primitiva de Polibio; ni creo, tampoco, del Dios hecho rey de los egipcios.

Es una monarquía, o βασιλεία mejor dicho, en la que los reyes poseen la virtud de vivir mucho en un pueblo de longevos gobernado pacíficamente. Para definir un poco más su carácter tendremos que analizar ahora los mitos que se han conservado respecto a su fundación, mitos de los que se han extraído menos consecuencias que las que se pueden sacar.

Ha pasado la época de creer en los mitos a pies juntillas; pero también aquella en que se desterraban de todo estudio considerado «crítico». No es crítico todo el que quiere, sino el que puede. El hipercrítico a la moda de hace años tenía siempre poco que decir del momento o momentos en que hay que buscar el porqué de las cosas y no contentarse con un vago gesto de desdén. ¿Por qué, en efecto, existen unos mitos muy formalmente definidos en torno a los orígenes de la monarquía tartesia y no los hay aplicados a otros grupos étnicos de la España antigua? Porque para griegos y romanos era claro por lo menos el hecho de que la institución real se había dado entre los pueblos del Sur de la península (y no en otras zonas) de modo complejo; y porque aquella institución se hallaba unida, como en otras partes, a una serie de elementos culturales y a una peculiar organización social que puede fundarse en un sistema gentilicio, patriarcal, pero que ya en sí es más complicada que aquél y que supone en esencia:

1.° Diversidad étnica si se consideran los «pueblos» o gentes que componen el reino.

2.° Administración real central.

3.° Estatuto social diferente de los grupos incluidos en diversas ciudades y «pueblos».

4.° Complejidad de los caracteres económicos del reino.

El texto de Avieno nos hablará de la «ferocidad» particular de los *Libyophoenices*[1]; de la adscripción

[1] Av. *Ora mar.* 421.

de ellos y de los *Massieni, Cilbiceni* y *Tartessii* a otros tantos grupos gentilicios[2]; de la riqueza particular de estos últimos, con campos más feraces en su poder[3]; de la existencia de ciudades florecientes en otro tiempo y arruinadas ya[4].

Pasado el período tartésico, los descendientes de los tartesios mismos, es decir, los turdetanos, eran los más civilizados entre los occidentales. También los menos aptos para las armas. Los romanos, con César a la cabeza[5] y siguiendo a Heródoto[6], creían que el comercio y la comunicación hacían a los hombres más débiles desde este punto de vista. La confirmación de tal manera de pensar se hallaba en la Península, donde los pueblos más duros eran los que habían vivido más incomunicados y apartados del comercio y los más blandos estos que vivían dados a él y sometidos en tiempos remotísimos a una «realeza» de largo significado cultural y jurídico más que bélico[7].

Es sólo un escritor romano de la época de los Antoninos, Justino, el que se refiere a los mitos más

---

2 Av. *Ora mar.* 420-424.
3 Av. *Ora mar.* 423.
4 Av. *Ora mar.* 440-443, 445-448.
5 César, *De bello Gall.* I 1, 3.
6 Heródoto I 55.
7 Cf. las reflexiones de Estrabón sobre los pueblos del Norte (III, 3, 8). Es importante recordar que GÓMEZ MORENO, en págs. 55-74 de *Ensayo de prehistoria española*, en *Miscelánea. Historia. Arte. Arqueología* I, Madrid, 1949, 43-82, discurrió acerca de una civilización tartesia de larga duración que tendría sus expresiones desde la Prehistoria a la época romana. Aunque los arqueólogos, en gran parte, no le sigan en esto, no cabe duda de que su síntesis tiene un valor histórico-cultural que habría que volver a considerar en lo futuro.

importantes referentes a ella. Ahora bien, su obra no es más que un epítome de la *Historia universal* de Trogo Pompeyo, autor de la época de Augusto que, a su vez, parece haberse inspirado sobre todo en Timágenes, el cual también alcanzó a Augusto. Puede pensarse, pues, que los datos resumidos por Justino son de origen griego, e incluso que Timágenes los sacó de autores antiguos. Hace mucho que los comenté a mi modo discrepando algo de Schulten[8].

El texto de Justino viene a decir lo siguiente[9]. Después de la lucha memorable de los titanes con los dioses[10], habitaron el antiguo bosque de los tartesios unos hombres a los que se conocía con el nombre de «Curetes» o «Cunetes», que en época también la más antigua de su existencia tuvieron un rey llamado Gargoris, el cual descubrió el aprovechamiento de la miel[11]. Gargoris tuvo una hija que de soltera parió un niño, hijo incestuoso del padre. La vergüenza que le produjo el hecho fue causa de que Gargoris

---

8 *Los pueblos del Norte de la península Ibérica,* Madrid, 1943, 233-236, con relación a SCHULTEN: *Tartessos,* 1.ª ed., 49-50 y 157, nota I. En la 2.ª ed., pág. 154, dice que la información transmitida por Justino se basa en Posidonio y Asclepíades, lo cual es razonable.

9 Justino XLIV 4, 1-14.

10 Hesíodo, *Theog.* 391-395, etc.

11 El significado históricocultural de los «Curetes» o «Cunetes» se halla muy desarrollado por Diodoro V 65, 1-4: dice éste que vivían en selvas y montañas arboladas y que fueron los primeros en reunir ovejas en rebaños, domesticar animales y hacer miel. Descubrieron el arte de construir casas, la caza con arco, espadas, yelmos, una danza guerrera. Fueron en fin, los que introdujeron la idea de la concordia y la vida en sociedad. En todo caso, la leyenda nos lleva al mundo cretense.

quisiera deshacerse de él. Mandó, pues, dejarlo en el monte para que muriera; pero las hembras de varias fieras lo amamantaron y así, al cabo de algunos días, se lo encontraron vivo y volvió a casa. Después le hizo colocar en un camino estrecho por donde pasaban los rebaños, para que le aplastaran; pero no le aplastaron. Unos perros hambrientos también le respetaron después. Al fin Gargoris mandó que tiraran al mar al niño. Pero, protegido por los dioses, éste fue llevado a la orilla como si fuera en una nave. Allí se le apareció una cierva que le crió. Creció con los hijillos de ésta y adquirió su velocidad y caracteres; pero en una ocasión ciertos cazadores le cogieron en un lazo. Conducido ante su padre y abuelo, éste le reconoció por rasgos familiares y signos corporales y, admirado de su destino, le nombró heredero y le dio el nombre de Habis. Este aumentó su reino de tal suerte, que se veía que era un elegido de los dioses. Es el prototipo del monarca legislador y civilizador. Hace entrar por sí solo a un pueblo bárbaro en un estado de civilización expresado por leyes. Además le enseña a cultivar la tierra con bueyes uncidos al arado, con lo cual los tartesios pudieron usar posteriormente de alimentos más regalados. Prohibió, en fin, el trabajo a una parte de sus súbditos, a los nobles. A los otros[12] los dividió en siete ciudades (*urbes*). La monarquía tartesia fue heredada por sus descendientes, que reinaron durante muchos siglos.

[12] Cf. págs. 109-110.

2. Comparación con otras monarquías legendarias

Estamos ante un relato mítico, relacionable con otros, helénicos y latinos, que se refieren a los comienzos de distintas monarquías. El nacimiento de Habis recuerda, en parte, al de Rómulo y Remo según una de las tradiciones[13], y sus salvamentos, a los de muchos reyes y héroes civilizadores[14]. La obra legislativa recuerda a la de Teseo[15]. Pero si pasamos a estudiar el significado económico de la figura de Habis[16], encontraremos que se ajusta también a un arquetipo de reyes relacionados con el adelanto de la agricultura y, concretamente, con el cultivo con arado de los que nos hablan las tradiciones de varias partes. También Triptólemo, el favorito de Deméter, era hijo de rey y rey él mismo según el himno homérico[17]; y, como Habis, no sólo enseña el cultivo, sino que emplea el primero la yunta de bueyes y el arado, al menos según ciertas tradiciones[18]. Y es curioso advertir que el mismo Justino, al dar la lista de los reyes de Atenas, considera como originados allí una serie de conocimientos técnicos, incluso el arar[19].

---

13 Schulten: *Tartessos*, 2.ª ed., 213.

14 Justino, al final de su relato, recuerda los casos de Rómulo y Remo y de Ciro.

15 Plutarco *Vita Thes.* XXIV 1, etc., Diodoro IV 59, 1-6; IV 60, 1-9 y IV 61, 8-9 especialmente: agrupación de pueblos.

16 Ahora Blázquez: *o. c.*, 55-57 vuelve sobre el mito.

17 *HH.* II 473-474.

18 Claro es que hay otros personajes que le disputan esta invención. La agricultura y las leyes justas son don de Deméter a Triptólemo según Diodoro V 68, 2-3.

19 Justino II 6. La figura de Triptólemo es, por lo demás, complicada; cf. Schwenn: *s. v. Triptolemos*, en *Real-*

También es provechoso que recordemos que, en un pueblo tan poco agricultor como el de los escitas, parece haberse recogido la leyenda de que, en tiempos de fundación, el cielo hizo caer sobre la tierra un arado y un yugo de oro que no pudieron coger los dos hijos mayores de Targitao y sí el tercero, por lo cual sus hermanos le cedieron la categoría real[20]. El arado, en suma, es apero de origen sagrado y relacionado con la «realeza» aquí y allá. Su conexión con cultos a bóvidos es clara, porque también el yugo para uncirlos es don del cielo[21].

Pero vengamos más a Occidente. Las tradiciones, que recuerda Aristóteles, referentes a Italo, rey de Enotria, que dio nombre a Italia y a los ítalos, entran dentro del mismo grupo, porque, según ellas, fue él quien hizo que sus súbditos pasaran de la vida pastoril y nómada a la agrícola, dándoles también distintas leyes y siendo el primero en instituir las comidas en común. De leyes y banquetes aún seguían usando algunos de sus descendientes en tiempos del filósofo mismo[22]. Desde un punto de vista histórico-cultural más amplio podemos colocar estas leyendas sobre reyes que, de un modo u otro, descubren la agricultura con el esquema de evolución económica que Varrón tomó de Dicearco y que luego ha influido sobre

---

enc. XIII, Stuttgart, 1939, 213-230, y compárese con TOEPFFER: *s. v. Buzyges, ibid.* III 1897, 1096-1097.

20 Heródoto IV 5.

21 Recuérdese el texto de Filón en Eus. *Praep. Ev.* 359 *a-b*: Ποῖ δὴ πρὸς τοῦ θεοῦ ἡμῖν τὰ βουζύγια ἐκεῖνα; Ἀλλὰ δὲ πρὸ τούτοις ὅρα.

22 Arist. *Pol.* 1329 *b*.

muchos etnólogos y antropólogos, según el cual, una fase pastoril, la representada por el *bubulcus,* es siempre previa a la agricultura: la agricultura simbolizada precisamente por el arado[23]. Hoy sabemos que existen y han existido técnicas agrícolas rudimentarias a base de palos, azadas, etc., sin intervención de tracción animal; y ya hace mucho que E. Hahn defendía que el arado era invención localizable[24], cosa que parece confirmarse.

Dan los arqueólogos como sentado, en efecto, que el uso de arados era conocido en Mesopotamia y Egipto hacia el año 3000 a. J. C. y que en la India aparece no mucho después. Después de 1400 se halla en China, y a poco en Europa septentrional, de suerte que hacia el año 1000 a. J. C. tenía la expansión que tuvo durante mucho tiempo, expansión que deja fuera gran parte de Africa, etc.[25]. He aquí que para entonces también ya está hecha la que con énfasis se llama «revolución urbana»[26] y se han multiplicado las «realezas». Las leyendas sintetizan la Historia. Hacia dicho año parece que podía estar fundada la monarquía tartesia; y siglos después, el arado y la espiga son los emblemas usuales en las monedas del Sur[27]: un tipo de arado, por cierto, que

---

23 Varr. *Res rust.* I 2, 16.

24 HAHN: *Entstehung der Pflugkultur,* que apareció en Heidelberg, 1909.

25 GORDON CHILDE: *o. c.,* 80-81, 95, etc.

26 El peligro de emplear a troche y moche ciertas palabras es grande. ¿Qué revoluciones son éstas que duran hasta miles de años?

27 Sobre todo en las de Obulco y Abra: cf. ANTONIO VIVES Y ESCUDERO: *La moneda hispánica* III, Madrid, 1924,

es muy semejante al que hasta en nuestros días se ha usado en la Andalucía occidental, el tipo mediterráneo clásico[28].

3. Talasocracias

Ahora bien, resulta que la parte del mito correspondiente a la organización social del *regnum* de Habis corresponde también a lo que otros mitos dicen de organizaciones o «planificaciones» semejantes. Rómulo establece las «tribus»[29]. Teseo organiza la vida urbana de Atenas propiamente dicha[30]. Pero en el caso de Habis la organización, según el texto, se refiere no a una *urbs,* sino a siete *urbes* en que dividió la plebe: *ab hac et ministeria seruilia populo interdicta et plebs in septem urbes diuisa est*[31].

Organizar las vidas urbanas separando al *populus* propiamente dicho, como clase aristocrática y superior, de la *plebs* es propio de muchas sociedades antiguas desde los sumerios. Puede considerarse que el *populus,* en este caso, lo constituían los dominantes, los que, venidos de fuera, sometieron a los autóctonos

---

54-62 (Obulco: láminas XCIV-XCVIII del atlas), 63-64 (Abra: lámina XCVIII). Sobre el ciclo numismático andaluz, cf. Gómez Moreno en págs. 172-174 de *Divagaciones numismáticas,* en *o. c.* I 157-174.

28 Cf. también Julio Caro Baroja: *La vida agraria tradicional reflejada en el arte español,* en *Estudios de historia social de España* I, Madrid, 1949, 92-103.

29 Livio I 43 y Dionisio de Halicarnaso II 7, 2-3. La exposición más antigua y mejor organizada es la de Cicerón *Resp.* II 8, 14.

30 Plutarco *l. c.*

31 Justino XLIV 4, 13.

o más antiguos en el país. Cabe pensar también que las *urbes* estuvieran habitadas cada una por elementos étnicos distintos. El inspirador de Avieno nos da las siguientes ciudades como existentes en la costa tartésica: Tarteso, la capital[32]; *Malaca*[33]; *M(a)enace*[34]; *Massia*[35]; *Herna*[36].

En el interior y otras partes de la costa quedarían aquellas de las que Hecateo dio los nombres[37] y otras más pequeñas. Estrabón dice que en Turdetania había más de doscientas según algunos[38]. Claro es que en su tiempo las habría de fundación más moderna. Pero, con todo, parece que, en principio, el de Tarteso hubo de ser un reino talasocrático como otros del Mediterráneo preclásico.

Pero hay talasocracias y talasocracias ¿Con cuál podremos comparar mejor ésta? Salomón (970 a. J. C.) tenía naves que llegaban a Tarschich, que se llamaban «naves de Tarschich» por antonomasia y que volvían cada tres años cargadas de preciosas mercancías[39]. Estas naves las construían en su reino[40]; pero los «reyes de Tarschich» eran conocidos del salmista como tributarios[41]; y también en los textos

---

32 Av. *Ora mar.* 85, 269.
33 Av. *Ora mar.* 181, 426.
34 Av. *Ora mar.* 427, 431.
35 Av. *Ora mar.* 452.
36 Av. *Ora mar.* 462-463: *Hic terminus quondam stetit / Tartes(s)iorum, hic Herna ciuitas fuit.*
37 Estr. III 2, 1.
38 Cf. pág. 132.
39 *Reg.* I 10, 22 (*F.H.A.* I 174); comparar con *Is.* II 16.
40 *Reg.* I 22, 49 (*F.H.A.* I 174).
41 *Salm.* LXXI 10 (*F.H.A.* I 174-175).

proféticos, hacia el año 580, aparecen los mercaderes del mismo origen[42]. Se ha negado la relación de los textos bíblicos con la ciudad y reino de Occidente, y no seré yo el que me empeñe en combatir esta negación fundada[43]. Pero, por otro lado, no se puede negar que los fenicios llegaron a este Occidente mismo en épocas remontísimas[44], y tampoco que, cuando llegaron, había aquí pueblos que ya se habían relacionado con el mundo mediterráneo oriental y que, por otra parte, parecen haber tenido relaciones con el mundo atlántico europeo[45]. Es decir, que la navegación entre el Océano y el Mediterráneo había de tener aquí un centro esencial, cuando se habla de Tarschich.

Esto significa también, a mi juicio, que, aparte de que los fenicios vinieran a Occidente, los tartesios pudieron ir al Mediterráneo oriental y tener relaciones comerciales con los reyes de Tiro como Hiram (969-936), dejando a un lado el asunto de la reducción de Tarschich a Tarteso[46].

Por otra parte, habla Avieno de navegaciones de larga duración de los tartesios por Occidente, que

---

42 *Ez.* XXVII 12 y XXXVIII 13 (*F.H.A.* I 175).

43 BLÁZQUEZ: *o. c.*, 15-21, resume muy bien los argumentos.

44 DONALD HARDEN: *The Phoenicians,* Londres, 1962, 64, 159-160, 169, etc.

45 J. y CHR. HAWKES: *Prehistoric Britain,* Londres, 1947, 70-72, 83-84. Otros muchos textos arqueológicos se pueden allegar para centrar los problemas.

46 SCHULTEN: *Tartessos,* 2.ª ed., 54-59.

les hicieron llegar hasta las *Oestrimuidas*[47]; o sea, que bordearían toda la costa occidental de la península y también la septentrional y parte grande de la de las Galias. El comercio del estaño debió de ser su actividad principal por estas latitudes.

Pero, aparte de sustentarse de la navegación y la minería, también fue la agricultura de importancia excepcional para ellos; porque el valle del Guadalquivir era aptísimo para su desarrollo. Estrabón, siguiendo a los autores que conocían el país directamente, ha dejado memoria de lo que a este respecto significaba en la Antigüedad[48].

Ahora que tanto se habla de estructuras y configuraciones, podríamos afirmar que la monarquía tartesia las tiene muy peculiares, de base geográfica, que la diferencian de las griegas clásicas o preclásicas y la acercan a las anteriores del Mediterráneo insular.

En efecto, consideradas las fechas, la monarquía tartesia podría, en principio, compararse con la propia de algunas islas mediterráneas según los textos homéricos, concretamente la *Odisea;* y así se ha hecho. Schulten mismo ha puesto en relación lo que dice Homero de Alcínoo y Esqueria[49], la ciudad de los feacios, con lo que se sabe de Tarteso y Argantonio[50], reputando que el texto homérico es un reflejo poético

47 Av. *Ora mar.* 113-114.
48 Estr. III 2, 4.
49 Recuérdense los cantos ζ-ι de la *Odisea.*
50 SCHULTEN: *Tartessos,* 2.ª ed., 181-183.

de lo que podía saberse de nuestra ciudad y estado occidentales al tiempo de crearse.

Ahora bien, como las coincidencias entre los largos textos de Homero y el corto de Heródoto y los que lo complementan son evidentemente grandes y como la *Odisea* es muy anterior a la obra del historiador de Halicarnaso, hay que pensar que los datos concretos del segundo están influidos por los datos poéticos del primero y que, en consecuencia, los nautas griegos ajustaron su visión de Tarteso como reino feliz a la visión homérica de Esqueria. Por lo demás, los elementos topográficos, sociológicos y económicos que sirven para perfilar el paralelo son los correspondientes a una vieja ciudad marítima, insular[51] en el caso de Esqueria, magnificada por la imaginación griega. Allí está, en efecto, Alcínoo, el rey patriarcal y hospitalario, con el navegante atrevido, Ulises, como estuvo Argantonio con los foceos.

Pero el reino insular del poema no tiene la complejidad del reino continental de Tarteso; y, por otro lado, la tradición griega no hace extranjero o bárbaro a su rey, sino un héroe de la raza, que habla con otro y tiene sus mismas divinidades.

En suma, a mi juicio, la organización estatal de Tarteso, reflejada en la tradición mítica, se parece, más que a la de la primitiva polis griega, a las de ciertos estados mediterráneos. He aquí, por ejemplo, dentro de ella el caso del rey Minos legislando en

---

51 Sabido es que se reducía a Corcira; cf. Estr. VI, 2, 4 y VIII, 3, 6.

Creta, creando una talasocracia y fundando no una, sino varias ciudades después de reunir y concertar a distintas gentes[52].

La civilización minoica queda en el tiempo bastante lejos de la tartesia conocida históricamente, puesto que la destrucción del poderío cretense tuvo lugar hacia el año 1400 a. J. C. Minos representa el esplendor talasocrático del período que va del año 2100 al año 1650, es decir, parte del Bronce antiguo y el Bronce medio[53]. La elaboración de la leyenda es posterior en mucho; pero hoy sabemos hasta qué punto los griegos estuvieron relacionados con pueblos de cultura de origen mediterráneo, insular, anterior. Esto se expresa de modo asombroso en el hecho de que los habitantes de Micenas fueran griegos de habla, según lo ha puesto de relieve el desciframiento de la escritura lineal B, debido a Michael Ventris[54].

Hallaremos en Cnosos y Pilos frecuentes alusiones al rey (ϝάναξ); hallaremos pruebas de la existencia de una organización burocrática fuerte, de unos servidores del rey mismo y de tierras reales; y mejor documentado todo esto en Micenas[55]. Surgirá en Pilos mención del βασιλεύς. Pero, aun en esta época micénica, es título local, inferior al de ϝάναξ[56]. También al caer el poder de Micenas la gran monarquía

52 Diodoro V 78, 2-3; Arist. *Pol.* 1271 *b*.

53 JOHN CHADWICK: *El enigma micénico*, Madrid, 1962, 20, 22, 23, 26-28, etc.

54 CHADWICK: *o. c.*, 143-185 con una descripción de la vida a la luz del desciframiento.

55 CHADWICK: *o. c.*, 158-159 y 196-197.

56 CHADWICK: *o. c.*, 161.

fue sustituida por autoridades más pequeñas[57]. Será ésta una especie de ley válida para otros pueblos, según la tradición histórica, que ahora comprueban los hallazgos hasta cierto punto.

Examinemos otra tradición en relación con esto. He aquí a Tirreno, el legendario rey de los etruscos, que llevó de Asia a Italia a unos hombres a los que dio su nombre y asentó, en tierra que también lo llevaba después, fundando hasta doce ciudades que vivieron florecientes mientras la unidad no se quebró[58]. Al tiempo de la también legendaria fundación de Roma, los reyes de cada ciudad actuaban ya por separado. Así, en momento posterior todavía, Porsenna era rey de Clusium[59]. Otros reyes etruscos se nos aparecen con rasgos de reyes sacerdotes, de suerte que luego los sacerdotes mismos heredan las funciones sagradas o religiosas del rey (*lauχme*).

Parece que incluso las tradiciones acerca de los símbolos de la «realeza» en Roma son de origen etrusco y que los magistrados republicanos los adoptaron[60]. Los reyes etruscos se nos ponen en época más aproximada a la tartesia que los cretenses. También su talasocracia. Desde el año 700 a. J. C. en adelante se observa una «orientalización», una apa-

---

57 CHADWICK: *o. c.*, 162.

58 Estr. V, 2, 2. Dion. Halic. I 30, 3 indica que uno de los jefes fue Rasenna, el cual fundó varias ciudades, estableció leyes y alcanzó grandes éxitos. Heródoto I 94 se refiere sólo a la emigración y fundación de ciudades.

59 Dion. Halic. V 21, 1.

60 Dion. Halic. III 61, 1. Cf. H. H. SCULLARD: *o. c.*, 221-222 y M. PALLOTTINO: *o. c.*, 167-169.

rición más intensa de elementos mediterráneos orientales y del Egeo en el arte y la Arqueología de ciudades como Tarquinia, etc. [61]. Esta «orientalización» general no deja de darse también más a Occidente [62]. Pero siempre hemos de contar con unos procesos más antiguos. Para los griegos, lo mismo que para los romanos, las empresas marítimas de los etruscos fueron esencialmente actos de piratería. Estrabón [63] insiste en que gran parte de su falta de fuerza política se debió a estas empresas irregulares. Cicerón, de modo sentencioso, dirá que fueron hombres de mar *latrocinandi causa* [64]. Los cretenses fueron considerados, en cambio, como organizadores del primer poder naval griego, representados por Minos, señor de los mares y legislador a la par [65].

Pero sigamos con nuestro «folklore» monárquico antiguo. Otra leyenda ilustrativa es la de Cécrope. Según Estrabón, fue el que, sobre el suelo del Atica, fundó otras doce ciudades, que luego redujo Teseo a una, Atenas [66]. Acto algo distinto, a mi juicio, al de repartir un país en grupos gentilicios, como el que se ilustra con el ejemplo del legislador Saón, que dividió un pueblo ya conocido en cinco φύλαι y a

---

61 HUGH HENCKEN: *Tarquinia and Etruscan Origins*, Londres, 1968, 113, 125, etc.

62 BLÁZQUEZ: *o. c.*, 211.

63 Estr. V 2, 2.

64 Cic. *Resp.* II 4, 9.

65 Diod. IV 60, 3. Pero los posteriores consideraban la piratería como profesión honrosa. Cf. Cic. *Resp.* III 9, 15.

66 Estr. IX 1, 20.

cada una dio el nombre de uno de sus hijos agrupando, es verdad, las habitaciones [67].

La historia de Roma nos muestra, por otra parte, cómo una ciudad ordenada ya por tribus, etc., se va haciendo dueña y señora de las tierras cercanas primero; cómo después extiende sus dominios sobre la península Itálica y cómo, en último término, alcanza a dominar una proporción considerable del orbe conocido por los antiguos. Pero en la Antigüedad más remota, antes de este majestuoso proceso de sinecismo, se conoció la desintegración de distintas unidades estatales. Las leyendas recordadas anteriormente se refieren a la fundación en bloque de varias ciudades realizada por monarcas cretenses, tirsenos o tartesios recordados por los griegos. Después, cada ciudad vive con rey aparte o una ciudad domina a varias, pero no a todas las que constituían el primer conjunto. El proceso que se da en la España antigua, de modo que se examinará más tarde, tiene otros antecedentes remotos, como, por ejemplo, el de Sumer al que se aludió al principio [68]. Queda la historia de aquellas gentes muy lejos de nuestro mundo occidental. Pero independientemente de esto se puede sostener que, en los albores de la Historia, las fuertes monarquías orientales, fundadas sobre también fuertes principios religiosos, dieron un primer modelo de sinecismo o de lo que después había de volver a ocurrir en Occi-

67 Diod. V 48, 1.
68 Cf. págs. 69-70.

dente; que Oriente, hasta muy avanzada la Edad Antigua, es un foco de creación cultural de todas clases y que los que podríamos llamar procesos de «orientalización» se repiten hasta la misma época del Imperio romano, en que los cultos llamados precisamente orientales dominan de modo casi total. Recogiendo, pues, no sólo las enseñanzas de la Arqueología, sino también las de la Historia comparada, una disciplina que habría que reglamentar con rigor [69], recordaré que aquel tipo de ciudad sagrada que se daba ya entre los sumerios (con un rey con poderes sagrados también) se dio en Occidente, mucho tiempo después, entre los mismos etruscos [70]. ¿Podríamos pensar que ocurrió algo parecido en Tarteso? Mientras no se encuentre, si alguna vez se encuentra, la ciudad «capital» del imperio, no podrá decirse gran cosa a este respecto. Lo que los textos arrojan acerca de los caracteres de la misma, desde el punto de vista religioso, es, sin embargo, significativo. Puede rastrearse la existencia evidente de cultos de origen oriental por todo el Sur, incluso en épocas tardías. Mas ahora hemos de ocuparnos, sobre todo, de otro conjunto de leyendas que nos hablan de reyes de caracteres no humanos, sino divinos y relacionados con Tarteso mismo.

---

69 Es decir, aplicando los criterios de forma y cantidad del modo más rígido posible.

70 ERNST KORNEMANN: *Heilige Städte. Zum Städtewesen der Sumerer und Etrusker,* en *Gestalten und Reiche. Essays zur alten Geschichte,* Leipzig, 1943, 1-10.

4. De la Historia a la Mitología otra vez

Schulten, en una tentativa que podría calificarse de evemerista, ha querido demostrar que todas las leyendas que se refieren a Gerón o Gerión son derivadas de la existencia de un auténtico rey de Tarteso llamado de forma más o menos similar [71]. La erudición que puso el viejo y querido maestro en su intento no me llega a convencer de la verdad de su tesis. Gerón o Gerión me parece un puro ser mítico con un significado histórico-cultural bastante claro. Es, en primer lugar, un pastor rey de época no histórica:

Gerontis arx est eminus, namque ex ea
Geryona quondam nuncupatum accepimus [72].

Desde la costa de Andalucía, Guadalquivir arriba [73], se hablará del rey *bubulcus*. También en las islas occidentales vagamente caracterizadas [74]. Los escoliastas de los poetas, Servio por ejemplo, le harán de modo claro rey de Hispania entera [75]; pero, en suma, todo esto, y más que podría alegarse, no es sino demostración de que existió la creencia en reyes primigenios con caracteres sobrenaturales, como el mismo de que Gerión tuviera tres cabezas o

71 Schulten: *Tartessos*, 2.ª ed., 70-77.
72 Av. *Ora mar.* 263-264; cf. también 304.
73 Estr. III 5, 4.
74 Just. XLIV 4.
75 Virg. *Aen.* VII 662 y Lido, *De mens.* I 10.

cuerpos [76]; que naciera en una cueva; que, como dios del río Tarteso, este nacimiento ocurriera en la montaña de la plata [77]; que recibiera, en efecto, culto como dios, etc.

Todo esto, repito, no se refiere a un rey de carne y hueso, sino al origen que se da a una «realeza» en un país occidental conocido por los marinos a causa de sus riquezas mineras, agrícolas y ganaderas; el mito es un mito histórico-cultural que, nazca donde nazca, se aplica pronto a la tierra a la que mejor conviene según la mentalidad de los que creen en él y por comparación probable de mitos propios con mitos de aquel país mismo.

Es decir, que, remontándonos en el tiempo, del rey histórico, idealizado, patriarcal, Argantonio, pasamos al rey legislador primitivo, mítico, protegido desde su nacimiento por los dioses, Habis; de éste a un rey de sociedad más silvestre y anómica, Gargoris; y de él a una especie de dios-rey sin caracteres ya humanos, símbolo de un ámbito físico, Dios río, dios de los toros al que Hércules roba sus rebaños [78] en el lejano Occidente y en época no histórica, con un padre que es «el de la espada de oro» [79].

---

[76] *Qui ideo trimembris fingitur quia tribus insulis praefuit, quae adiacent Hispaniae* (Servio, *l. c.*; cf. SCHULTEN: *Tartessos*, 2.ª ed., 74). Pero luego habla de las Baleares. Cf. también Diod. IV 8, 4.

[77] Estr. III 2, 11, citando unos versos de Estesícoro (*F.H.A.* I 182-183). Sobre Gerión también Diod. IV 17, 1-2; V 4, 2; V 17, 5 (hijo de Crisaor); V 24, 2.

[78] Heród. IV 8 (*F.H.A.* II 29).

[79] Cf. pág. 81. Mi querido amigo y compañero de los años de Universidad, Manuel Fernández-Galiano, me llama

5. «ORDINES»

Los textos estudiados, compilados y resumidos en época romana no pueden considerarse como fuentes de primera mano, aunque deriven de otros más antiguos, claro es. El testimonio legendario del siglo I a. J. C. puede estar lleno de influencias fabulosas. Pero, con todo, obedece a la voluntad de establecer paralelismos y semejanzas, de suerte que, en nuestro caso particular, resulta claro asimismo que los griegos (geógrafos, filósofos, mitógrafos, etc.) veían el de Tarteso como semejante a otros reinos antiquísimos de su mundo mediterráneo. ¿Habría algo más que lo dicho que reforzara la idea de la similitud con las monarquías fundadas por un gran legislador y civilizador?

Schulten, en la primera edición de *Tartessos,* al comentar el texto de Justino, propuso leer *ordines* en vez de *urbes,* como ya va indicado [80]. Parece que posteriormente desechó la hipótesis [81]. De admitirse la corrección, como él mismo advertía, nos encontraríamos ante una organización social constituida por siete estamentos, cosa que Arriano, siguiendo a Megástenes, da para la India según es sabido [82]. Tam-

---

la atención sobre los nuevos fragmentos de Estesícoro, en que se suministran detalles sobre él: el poema Γηρυονηίς no nos hará salir del ámbito mítico, pero ilustrará mucho respecto a su forma y a lo que en la época del poeta y en el ámbito en que se desarrolló su vida se decía de Gerión.

80 SCHULTEN: *Tartessos,* 1.ª ed., 157.

81 SCHULTEN: *Tartessos,* 2.ª ed., 213.

82 Arriano, *Ind.* XI 12.

bién Estrabón [83], y aceptando que esto corresponde a un régimen de castas muy elaborado [84], en el que los reyes por cierto salen de la segunda, es decir, la militar, no de la superior, religiosa. Otros pueblos se dividirían en seis órdenes, como los egipcios, según Heródoto [85] y Diodoro [86]. Otros en cinco, como los árabes [87]. Otros aun en cuatro. A este respecto conviene recordar que, según algunos, los nombres de las tribus de Atenas no venían de los nombres de los hijos de Ión, como creían Heródoto [88] y Eurípides [89], sino que provenían de las cuatro actividades a que, por vía hereditaria, estaban adscritos sus miembros: los Ὁπλητες serían así no descendientes de Hoples , sino los dados a la profesión de las armas; los Ἀργαδεῖς, artesanos; los Γελέοντες, labradores; los Αἰγικορεῖς, pastores [90]. Estas tribus, clasificadas por actividad, pasaron de cuatro a diez [91]. También hay memoria de división en cuatro entre los iberos del Cáucaso [92]. Aun se hallarían divisiones en tres en

83 Estr. XV 1, 38-40.

84 Según VINCENT A. SMITH: *The Early History of India,* Oxford, 1904, 126 n. 1, hay mala información sobre el *ordo* en el testimonio de Megástenes. El problema es complejísimo; cf. J. H. HUTTON: *Caste in India: Its Nature, Function and Origins,* Cambridge, 1946.

85 Heród. II 164.

86 Diod. I 173-174.

87 Estr. XVI 4, 25.

88 Heród. V 66.

89 Eurip. *Ion* 1576.

90 Estr. VII 7, 1 establece la división con independencia de los nombres. Plutarco, *Vita Sol.* 23, la ajusta a ellos.

91 Heród. V 66.

92 Estr. XI 3, 6.

otros países más o menos fantásticos [93]. Aristóteles, en la *Política,* hubo de tratar del asunto de la división de las sociedades por actividades, derechos y deberes rígidos transmitidos de padres a hijos. Se planteó también si era mejor que hubiera flexibilidad o no a este respecto y juzgó, en última instancia, que la sociedad ideal debía componerse de seis elementos estabilizados [94]. El χωρισμὸς ὁ κατὰ γένος por excelencia sería, según él, el egipcio [95].

La organización social de los mismos egipcios y la de los cretenses le demostraba, por otra parte, la antigüedad del sistema, con sus dos reyes «fundadores», Sesostris y Minos [96]. Aristóteles es defensor, en este orden, de la poligénesis [97]. Pero hoy día habrá muchos historiadores y etnólogos que pensarán que existieron, en este como en otros casos, largos procesos de difusión social y cultural, sin caer en aquel género de pambabilonismo o panegiptismo de comienzos de siglo; y, por otro lado, la Arqueología hace cada vez más evidentes las relaciones de Egipto con Creta y de Creta con Occidente. Nuestro reino de Tarteso, con sus legendarios monarcas legisladores y benéficos, con sus ciudades, su comercio marítimo, sus leyes, sus poemas, su escritura, sus explotaciones mineras y agrícolas, sus pesquerías, hubo de estar, sin duda alguna, dividido también en *or-*

93 Diod. V 45, 3-4.
94 Arist. *Pol.* 1328 *b* - 1329 *b;* también 1291 *b.*
95 Arist. *Pol.* 1329 *b.*
96 Arist. *Pol.* 1329 *a* - 1329 *b.*
97 Arist. *Pol.* 1329 *b.*

dines aunque no aceptemos la corrección aludida; y puede admitirse que hubo en él un elemento dominante que luego perdió fuerza y autoridad [98]. La división en partes y ciudades de un territorio ocupado es un hecho que ya hemos visto que comprueban las investigaciones modernas con relación a distintos pueblos antiguos: por ejemplo, los hititas [99]. Pero entre las leyendas referentes a la expansión cretense las hay según las cuales algún grupo de originarios de la isla dividió un territorio ocupado en cinco partes con su ciudad cada una: así los curetes en territorio cario [100]. Continuamos, pues, en un ámbito, por no decir ciclo, cultural relacionable con lo helénico arcaico y lo mediterráneo marítimo en conjunto.

98 SCHULTEN: *Tartessos*, 2.ª ed., 210.
99 Cf. pág. 70.
100 Diod. V 60, 3.

IV

Reyes y régulos o reyezuelos

1. Los herederos de la monarquía tartesia

El reino de Tarteso se extendió a lo largo de unas costas y de un río que desde antiguo hasta hoy se distinguen en la Península como una de sus grandes regiones naturales. El valle del Guadalquivir, Andalucía, vienen a ser en gran parte lo que en un tiempo correspondió a la *Baetica,* es decir, la tierra del Betis, y antes a la Turdetania [1]. El río Tarteso es el mismo Betis o Guadalquivir; y Tartéside, el nombre helenizado de la tierra [2]. Para Cervantes, como para Camoens, los andaluces eran aún los tartesios propiamente dichos [3].

Una costa, un río y un imperio antiguo. Una fragmentación de éste después en distintas monar-

---

1 Estr. III 1, 6.

2 Estr. III 2, 11.

3 *Quijote,* parte I, capítulo XVIII (ed. Rodríguez Marín, II, Madrid, 1927, 50): *En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes...* En la parte II, capítulo XIII (ed. c. IV, Madrid, 1928, 256): *¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos....?* Aquí en sentido más amplio. Compárese con Camoens, *Os Lusiadas,* canto VIII, estrofa 781, ed. facsimilar de la 1.ª de 1572 (Revista de Portugal, 1943), fol. 132 v.:

Na gente, assi feroz como infinita,
que entre o Tarteso e Goadiana habita.

quías urbanas. El proceso se repite en nuestro caso, de suerte que la institución monárquica tiene vigencia en la parte meridional de la Península hasta la misma época de la conquista romana, con evolución rápida en el Sur, lenta en el centro y tardía en el Norte: ritmo que coincide con el de todos los procesos culturales originados en el Mediterráneo.

La gran monarquía tartesia se dice que fue destruida por el poder cartaginés [4]. Las hipótesis respecto a este asunto son de tal índole, que no resulta fácil decidirse a aceptarlas o a rechazarlas [5]. Avieno habla de la ciudad de Tarteso destruida; pero a modo de ejercicio retórico y confundiéndola con Gades [6]. Después de la época en que los cartagineses echan un velo sobre Occidente, velo que impide a los griegos saber casi todo lo que aquí ocurre, Tarteso no vuelve a aparecer. En cambio, surgen los pueblos del Sur con designación o designaciones nuevas, fragmentados desde el punto de vista político, aunque bajo regímenes monárquicos en su mayor parte y divididos según su mayor o menor amistad con los cartagineses, que ya en épocas muy remotas hubieron de reclutar entre ellos soldados para sus empresas memorables, así como los reclutaron también los griegos en la zona oriental [7].

---

4 SCHULTEN: *Tartessos*, 2.ª ed., 123-135.

5 Schulten coloca la destrucción de Tarteso entre los años 520 y 480 a. J. C.; E. Meyer la consideraba destruida por Amílcar; cf. *Tartessos*, 2.ª ed., 125.

6 Av. *Ora mar.* 267-274. Esto está interpolado, según Schulten (pág. 102 del comentario).

7 GARCÍA Y BELLIDO: *La península Ibérica* 295-322, y sobre todo *Fenicios y carthagineses en Occidente*, Madrid, 1942,

Dice así Apiano que la muerte de Amílcar se debió a la conjura de varios reyes de diversos pueblos iberos y de otros personajes influyentes [8]. Esta muerte ocurrió el año 229 a. J. C., de suerte que, como el general cartaginés actuó sólo en el Sur de la Península, se puede sostener que esta zona se hallaba dividida ya antes en varios reinos.

Después los sucesores de Amílcar saben captarse la amistad de algunos de los reyes, no de todos. Y al tiempo de empezar a intervenir los romanos en la misma Península de modo directo, es decir, desde el año 218 a. J. C., parece que varios siguieron a los cartagineses. Dice, por ejemplo, Schulten que el año 206, en la batalla de Ilipa, pelearon hasta 50.000 turdetanos en las filas cartaginesas contra los romanos, y se funda en la autoridad de Tito Livio [9]. Pero, en realidad, éste tan sólo indica que el general cartaginés Asdrúbal, hijo de Gisgón, equipó hasta 50.000 infantes y les hizo maniobrar en la España Ulterior; infantes que serían de origen diverso, como siempre lo eran los soldados del ejército cartaginés [10]. En cambio, sí es cierto que por entonces

---

133-168, ha estudiado las huellas de los mercenarios ibéricos en el mundo antiguo.

8 Ap. *Ib.* 5: μέχρι Ἰβήρων αὐτὸν οἵ τε βασιλεῖς συστάντες οἱ κατὰ μέρος, καὶ ὅσοι ἄλλοι δυνατοί, κτείνουσιν ὧδε.

9 SCHULTEN: *Tartessos*, 2.ª ed., 140.

10 Liv. XXVIII 12, 13: *Ibi tum Hasdrubal Gisgonis, maximus clarissimusque eo bello secundum Barcinos dux, regressus ab Gadibus rebellandi spe, adiuuante Magone Hamilcaris filio dilectibus per ulteriorem Hispaniam habitis ad quinquaginta milia peditum quattuor milia et quingentos equites armauit* (*F.H.A.* III 135).

aparece un «rey» llamado *Culchas* por el mismo Tito Livio, Κολίχας por Polibio, aliado de los romanos en la lucha, el cual dice también Livio que reinaba sobre veintiocho ciudades: *ad Culcham duodetrigin-ta oppidis regnantem...* [11].

Ahora bien, el año 197 a. J. C. aparece actuando este mismo, pero con dominio tan sólo sobre diez y siete, al lado de otro personaje al que se llama *Luxi-nius* [12]. Ambos, en estado de rebeldía contra Roma, son calificados por Livio en la coyuntura como ré-gulos o reyezuelos. No expresa el historiador roma-no el ámbito geográfico sobre el que dominaba *Cul-chas;* de *Luxinius* sí indica que tenía bajo su poder a las potentes ciudades de *Carmo y Bardo* [13].

Parece que los dos régulos se sublevaron contra Roma por incumplimiento, por parte de ésta, de tra-tados. Es lástima que el texto de Polibio esté muti-lado en la parte que al asunto se refiere. El trozo conservado indica, sin embargo, que el primero de estos reyes, cuando era aliado de los romanos, el año 206, tenía una fuerza de 3.000 infantes y 500

---

11 Liv. XXVIII 13, 3 (*F.H.A.* III 135-136).

12 Nombre que acaso se puede poner en relación con el del río *Luxia* en la Bética (Plinio, *N.H.* III 1, 7).

13 Liv. XXXIII 21, 6: *Ingens in Hispania ulteriore coor-tum est bellum. M. Heluius eam prouinciam obtinebat. Is lit-teris senatum certiorem fecit Culcham et Luxinium regulos in armis esse, cum Culcha decem et septem oppida, cum Luxinio ualidas urbes Carmonem et Bardonem, in maritima ora Malacinos Sexetanosque et Baeturiam omnem et quae nondum animos nudauerint ad finitimorum motus consurrec-tura...* (*F.H.A.* III 175).

jinetes [14]; Schulten considera, en consecuencia, que la población total de sus dominios sería de unas 12.000 almas, con 400 por cada «ciudad» [15]. Juzga también que tales ciudades estarían en territorio cercano a Cartagena, ya que Escipión, marchando de Norte a Sur, se unió con él en Cástulo [16]. Yo no considero que esto sea probatorio en un momento de movimientos bélicos y dada la actuación del año 197, en que *Culchas* se concierta con el rey de Carmona (*Carmo*) y de otra ciudad de la zona andaluza más occidental [17]. Creo, en suma, que los dominios de *Culchas* estarían más a Occidente.

En todo caso, otro texto de Polibio nos lo pone como ejemplo de rey o príncipe de aquellos a los que los romanos aumentaron los dominios o crearon un reino propiamente dicho [18]; junto con *Andobales,* personaje peninsular también del que luego se hablará, *Massanissa* en Africa y *Pleurato* en Iliria; todos los cuales —concluye— fueron hechos reyes propiamente dichos, siendo antes unos principillos insignificantes [19].

---

14 Pol. XI 20, 3 (*F.H.A.* III 132).

15 *F.H.A.* III 139.

16 *F.H.A.* III 139-140.

17 *Bardo* no es conocida. Pero sí hay memoria de unos túrdulos a los que se llamaba *Bardilos* (Plinio *N.H.* IV 118).

18 Pol. XXI 11, 7 (*F.H.A.* III 120).

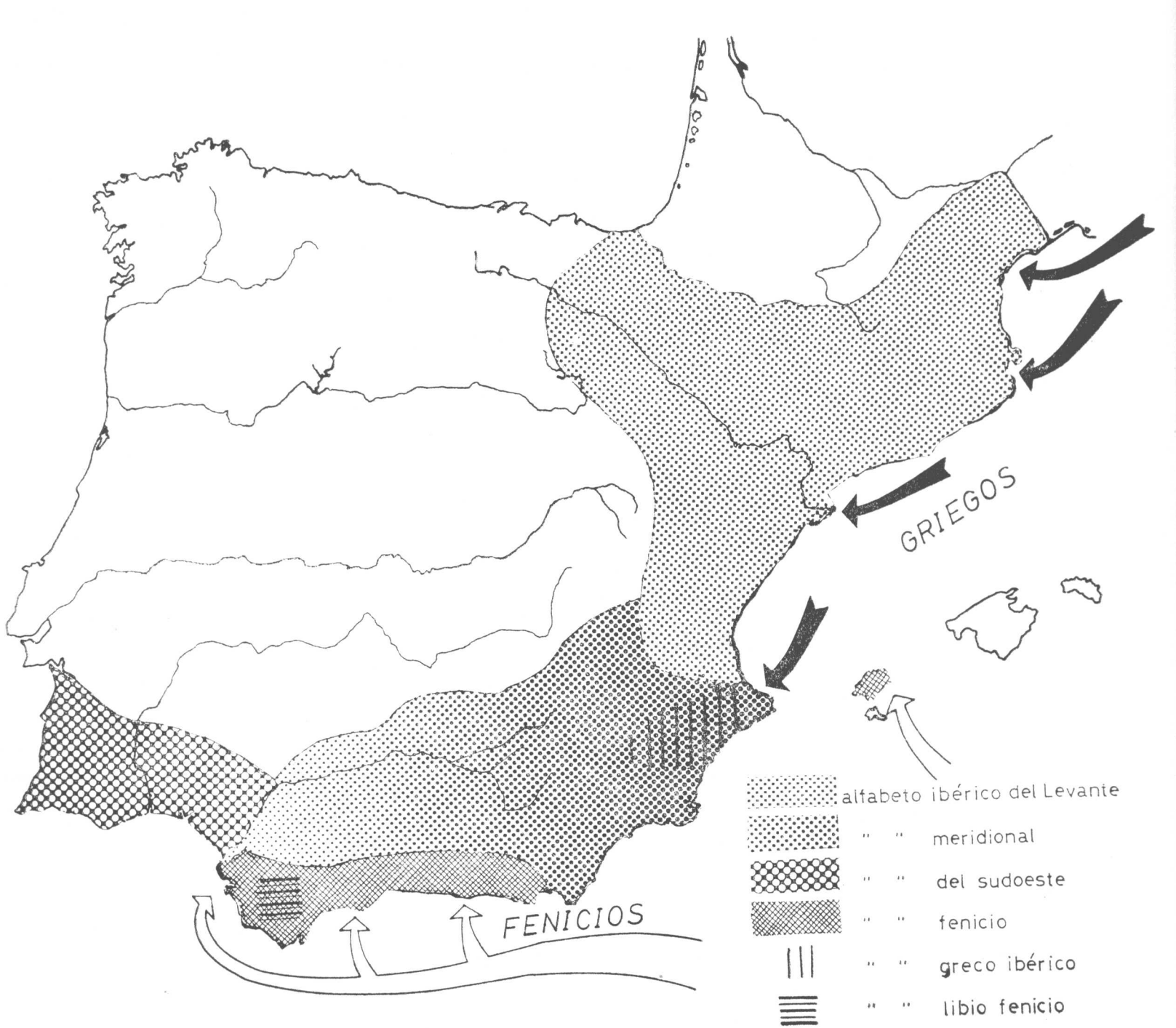
19 Pol. XXI 11, 8: οὓς ἅπαντας ἔφασαν ἐξ ἐλαφρῶν καὶ τῶν τυχόντων δυναστῶν πεποιηκέναι βασιλεῖς ὁμολογουμένως (*F.H.A.* III 120). Compárese con Liv. XXXVII 25, 9 (*F.H.A.* III 199): *Regulos se acceptos in fidem in Hispania reges reliquisse* (Escipión alabándose).

2. Procesos de fragmentación

Podemos inferir, de estos y de otros pasajes que recordaremos, que la antigua tierra tartésica se hallaba, en estos momentos críticos de derrota cartaginesa, dividida en varias pequeñas monarquías, porque no son *Culchas* y *Luxinius* los únicos reyes que aparecen en los mismos textos de Livio.

Se indica también en ellos que el primer reyecillo que se pasó a las filas romanas en la lucha del año 206 fue *Attenes* (*principium defectionis ab Attene regulo Turdetanorum facta est*). Contaba éste con muchos súbditos en la lucha [20]. Rey o régulo de Cástulo se considera también a *Cerdubelus,* el cual, algo después, hizo lo mismo que *Attenes* [21]. Schulten juzga que los nombres de *Culchas* y *Attenes* son etruscos o tirsenos, y que el de *Cerdubelus* es mixto de celta o altoligur e ibérico [22]. No es cuestión ahora de meterse en problemáticos laberintos etimológicos. Pero en lo que sí hay que insistir es en que en la Turdetania había, al tiempo de la lucha memorable de cartagineses con romanos, reyes que dominaban sobre territorios con varias fortalezas u *oppida;* reyes con dominio en dos *urbes* a la vez; reyes o régulos con dominio en una; ciudades gobernadas sin

20 Liv. XXVIII 15 (*F.H.A.* III 138).
21 Liv. XXVIII 20 (*F.H.A.* III 145).
22 Schulten: *Tartessos,* 2.ª ed., 140. Compárese con Gómez Moreno en pág. 245 de *Sobre los iberos; el bronce de Ascoli,* en *o. c.,* 233-256, que los cree ibéricos.



Principales áreas de epigrafía indígena prerromana de la Península ibérica

institución real visible; y ciudades gobernadas al modo cartaginés o fenicio antiguo. El ejemplo del sistema de gobierno sin mención de rey nos lo da *Astapa*, ciudad muy inclinada al bando cartaginés y destruida en ocasión memorable [23].

Gades y otros emporios marítimos se gobiernan «a la fenicia» [24] y durante mucho tiempo siguen usando una escritura fenicia también. Aquella afirmación de Estrabón de que en la Península se usaba de escrituras muy varias [25] y de distintas lenguas la han venido a comprobar los epigrafistas, de suerte que hoy, además del silabario ibérico, mejor descifrado y conocido; de la aludida escritura fenicia; de otra libiofenicia usada también en la costa meridional; y de la grecoibérica, más circunscrita a una zona de Levante, nos hallamos con dos sistemas más, que son el «ibérico meridional» de los turdetanos, oretanos y bastetanos y el del Sudoeste, que aparece más en los Algarves [26].

Se ha especulado acerca de la modernidad del silabario ibérico oriental; pero es imposible negar la relación del sistema meridional con la zona llamada tartesia en un tiempo, como se comprueba comparando su extensión y la del área de la escritu-

---

23 Liv. XXVIII 22 (*F.H.A.* III 148-149).

24 Texto fundamental en Liv. XXVIII 37 (*F.H.A.* III 161) sobre los sufetes de la ciudad.

25 Estr. III 1, 6.

26 Cf. el excelente libro de J. MALUQUER DE MOTES: *Epigrafía prelatina de la península Ibérica*, Barcelona, 1968, 20-21, cuyo mapa de distribución reproducimos aquí.

ra meridional. Los arqueólogos españoles tienen hoy cierta tendencia a modernizar los hechos que antes se juzgaban acaecidos en tiempos más remotos y a dar poco valor a los testimonios textuales. Pero el problema del origen de las escrituras meridionales de la península no se podrá aclarar sin volver a las hipótesis de Gómez Moreno, ya que no a las de Schulten [27]. Perduró el uso de casi todas estas escrituras hasta la época romana, y aun algunas debieron de difundirse más durante ella. Pero lo que no parece que perdura mucho es la institución real con significado político, cosa que no ha de extrañar si se tiene en cuenta que, a pesar de que hubiera entre los romanos defensores de la monarquía, en torno a ella se creó una doctrina muy poco popular, de suerte que uno de los cargos que se echaban sobre la reputación de un hombre público destacado, en la época republicana, era el de que pretendía hacerse rey [28].

---

27 Cf. la discusión acerca de la escritura del Sudoeste en MALUQUER: *o. c.*, 95-108; y antes (69-87) lo que dice de la escritura del Sur. GÓMEZ MORENO en pág. 203 de *Las lenguas hispánicas*, en *o. c.*, 201-217, y en págs. 261-263 de *La escritura ibérica y su lenguaje*, *ibid.* 257-281, con mucho más desarrollo, señaló los caracteres que hacen que la «peregrina escritura tartessia» haya de relacionarse, de algún modo, con la etrusca, escrita en espiral, y con el disco de Festos, así como con escrituras del Egeo, en época minoica, por lo que se refiere a la forma de ciertos signos.

28 Cic. *Resp.* II 27, 49 alude a aquellos a los que se atribuía el haber querido ser reyes (*regnum occupare uoluisse*) de modo tiránico.

3. Ciudades y reinos

No es fácil, en consecuencia, decir algo acerca de estas monarquías que variaban rápidamente de tamaño según las alianzas de los que las representan en la historia de los comienzos de la ocupación romana. Pero sí cabe pensar que ciudades como Cástulo, Carmo, etc., constituyeron verdaderas capitales, que tendrían los rasgos distintivos de tales, y que los pocos monumentos arquitectónicos de carácter funerario que se conservan de los siglos IV-III a. J. C., es decir, de épocas de influencia cartaginesa, como son el hipogeo de Toya (antigua *Tugia* cerca de Peal de Becerro, en Jaén), la cámara de Galera (antigua *Tutugi*), etc., deben de corresponder a «cementerios reales», como sugiere muy bien J. M. Blázquez [29].

Podría pensarse que incluso en las acuñaciones monetales queda un recuerdo de la «realeza». Llevan, por ejemplo, las de Cástulo, tan variadas, una cabeza diademada en el anverso y, en el reverso, un toro con una media luna encima, un jabalí con una

---

[29] Sobre sus características, A. García y Bellido: *La arquitectura entre los iberos,* Madrid, 1945, 62-74 (Galera), 74-82 (Toya); J. M. Blázquez en pág. 255 de *Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto,* en *Estudios de economía antigua de la península Ibérica,* Barcelona, 1968, 191-269. Cf. también Gómez Moreno en págs. 364-367 de *Monumentos arquitectónicos de la provincia de Granada,* en *o. c.,* 347-390 (Galera: siguiendo a Cabré).

estrella y, las más hermosas, una enigmática esfinge andante, con varios collares, y una estrella, delante también [30]. La esfinge, como se sabe, aparece a menudo representada en esculturas meridionales, de Villaricos, Santo Tomé, Llano de la Consolación, El Salobral [31]. Puede que semejantes esculturas sean funerarias y en tal caso correspondientes a sepulturas de grandes magnates. Puede que hayan llegado al Sur por conducto fenicio-cartaginés. Pero bueno será recordar que en tiempos micénicos ya se difundió su imagen en Grecia; que como demonio de la muerte se expande la creencia en ella por dominios grecoitálicos y que después, en última instancia, la leyenda tebana borrará casi de la memoria las creencias que le dan un significado ctónico [32]. ¿Qué significado concreto tendrían estas esfinges monetales? Emblemas de ciudad, signos heráldicos como los grifos, los gallos, los animales más o menos fantásticos de otras cecas ibéricas... algo más categórico acaso en la esfera de lo religioso. También algunos santuarios parecen haber tenido una significación institucional similar en relación con ciudades soberanas y pienso que en función, no de una «ciudad-estado» de esas de las que acaso se habla con dema-

30 ANTONIO VIVES Y ESCUDERO: *La moneda hispánica* II, Madrid, 1924, 166-175 (núm. 94; láminas LXVIII-LXXI del atlas). Sobre las monedas de Cástulo, también GÓMEZ MORENO: *Divagaciones numismáticas* 172-173, con lámina 41.

31 ANTONIO GARCÍA Y BELLIDO: *Ars Hispaniae* I, Madrid, *s. a.*, 248.

32 Cf. HERBIG: *s. v. Sphinx,* en *Realenc.* III, Stuttgart, 1929, 1703-1749.

siado desparpajo [33], sino de un territorio bastante más amplio con varias ciudades, de las cuales una es la capital propiamente dicha.

Los autores romanos supusieron alguna vez que, en tiempos en que existía la monarquía entre los etruscos, había un rey que, por razón de mayor poder, dignidad y prestigio, tuvo primacía sobre los demás [34]. Hoy los etruscólogos insisten, en cambio, sobre su desunión política [35]. La unión religiosa de los *duodecim populi Etruriae* no tiene, de acuerdo con este punto de vista, mayor significación que la que tenían los juegos y reuniones panhelénicas de Delfos, etc. Pero observemos, por otra parte, que en el mundo homérico, al tiempo de la misma guerra de Troya, entre varios reyes aliados y parientes aparece un βασιλεύτατος[36] que es Agamenón, rey de Micenas precisamente. Las apariciones de reinos pueden deberse al cese del reconocimiento de una categoría suprema antes reconocida o a derrotas. En el caso de Tarteso juzgo que el imperio a que alude Schulten (y que yo también creo que existió) fue establecido no tanto en función de una categoría real genealógica (esto pudo servir para organizarlo) como en función de la existencia del río como arteria comercial, como eje económico con una ciudad o emporio estratégicamente colocado cerca de su des-

---

33 Restricciones a este respecto en el librito de M. I. FINLEY: *The Ancient Greeks*, Harmondsworth, 1966, 54-60.
34 Servio, *Ad Aen.* VIII 475; Liv. I 8, 2; V 1, 3.
35 PALLOTTINO: *o. c.*, 158-160.
36 I 69.

embocadura y otros a lo largo de su curso, navegable según indicaba Estrabón hasta Córdoba; no hasta Cástulo [37].

A este respecto vale la pena de que ahora recordemos unas observaciones de Cicerón sobre las concentraciones urbanas del Mediterráneo y sobre las ciudades marítimas en especial. Tenían aquellas su fisonomía propia, sus ventajas e inconvenientes [38]. Entre los segundos estaba el de los peligros imprevisibles, los ataques enemigos por vía marítima, con barcos que aparecían de repente [39].

Al lado de esto juzgaba Cicerón que también eran más fácil presa de la corrupción en las costumbres. En ellas se mezclaban las lenguas, los usos y las instituciones; no podían éstas funcionar en su integridad [40]. Ejemplos de ciudades marítimas con todos sus vicios e inconvenientes habían sido Cartago y Corinto. Sus pobladores no cultivaban los campos, no manejaban las armas; todo lo dominaba el deseo de navegar. El lujo y la molicie se unían a esta inquietud [41]. El hombre de la ciudad marítima es inquieto, mudable; su pensamiento recorre el mundo, aunque esté quieto [42].

Grecia, tanto la insular como la peninsular, estuvo siempre —continúa el grave romano— domina-

37 Estr. III 2, 3.
38 Cicerón desarrolla sus ideas a partir del punto de vista más especulativo de Arist. *Pol.* 1304 *b* 19 ss., etc.
39 Cic. *Resp.* II 3, 6.
40 Cic. *Resp.* II 4, 7.
41 Cic. *Resp.* II 4, 7-8.
42 Cic. *Resp.* II 4, 7.

da por ciudades marítimas; de las playas griegas se desgajan las colonias de Asia, de Tracia, de Italia, de Sicilia y de Africa. El interior cuenta poco; lo pueblan bárbaros vecinos que se mantienen a distancia del griego casi siempre [43].

Pero la ciudad marítima tiene una grandísima superioridad desde el punto de vista económico. Con la máxima facilidad llegan a ella los productos de todos los países; puede enviar lo que produce a todas partes [44]. Roma reunía las ventajas de la ciudad marítima y las de la ciudad fuerte, interior. El río la unía con el mar, pero colinas de línea abrupta la defendían naturalmente y, dentro de una tierra poco sana, hacían que su clima fuera bueno [45]. Tarteso, ciudad marítima, fue destruida como Cartago, como Corinto. No quedan rastros materiales de ella. Pero las ciudades que se alzaron en los bordes del río subsistieron; y algunas subsistieron como ciudades reales.

4. Nómina de régulos meridionales

La institución monárquica parece haber existido también en pueblos que no aparecen en el antiguo imperio de Tarteso, y los datos que hay acerca de ella pueden plantear algún problema de interés.

---

43 Cic. *Resp.* II 4, 9.
44 Cic. *Resp.* II 4, 9.
45 Cic. *Resp.* II 5, 10; II 6, 11.

Bastantes años antes de que aparezcan *Culchas* y *Luxinius*, en tiempos de Amílcar, hay memoria de que vivió un rey del que habla Diodoro de Sicilia [46], que debió de haberlo sido de los orisos (τοῦ 'Ορισσῶν βασιλέως...). Este rey, que era enemigo del general cartaginés, dominaba sobre doce ciudades, que cayeron después en manos de las tropas de Asdrúbal [47]; esto entre los años 229 y 225 a. J. C. Los orisos parecen ser los oretanos, que se mencionan más frecuentemente después y que contaban en tiempos imperiales, romanos, con catorce ciudades [48]. Polibio, por su parte, habla de los 'Ορῆτες [49]; y Livio, ya de los *Oretani* [50].

Esteban de Bizancio, siguiendo a Artemidoro de Efeso, que floreció hacia el año 100 a. J. C., cita la ciudad de 'Ωρισία junto con el pueblo oretano [51], del cual indica que tenía otra gran ciudad, Cástulo (Καστηλών) [52]. Es decir, que emparentados están el nombre de un rey (piensan algunos que el nombre 'Ορισσός se dio al jefe del tiempo de Amílcar) [53], el de un grupo étnico con varias ciudades y el de una ciudad.

---

46 Diod. XXV 10, 3 (*F.H.A.* III 10).

47 Diod. XXV 12 (*F.H.A.* III 15).

48 Ptol. II 6, 58, recordado por *F.H.A.* III 16.

49 Pol. III 33, 9 (*F.H.A.* III 45).

50 Liv. XXXV 7, 6 (*F.H.A.* III 196).

51 Esteb. *s. v.* 'Ωρισία, πόλις 'Ιβηρίας, τὸ ἐθνικὸν 'Ωριτανός... πρῶτον μὲν 'Ωριτανοί, πόλεις δ'ἐν αὐτοῖς εἰσι μεγάλαι 'Ωρισία καὶ Κασταλών. Cf. también *s. v.* Κασταλών, μεγίστη πόλις 'Ωρητανίας (*F.H.A.* II 156-157).

52 Cazlona; *Castulo, urbs Hispaniae ualida ac nobilis* (Liv. XXIV 41 y XXVIII 19, *F.H.A.* III 83 y 144).

53 GÓMEZ MORENO: *Sobre los iberos* 245 da como propio el nombre de *Orisson* sacándolo de estos textos. También los

Hace ya mucho que el P. Flórez hizo la demarcación geográfica de la Oretania [54]. Esta, de Estrabón a Tolomeo, sufre cambios. Pero bastará con recordar ahora que, según el primero, los oretanos, en gran parte, habitaban tierras situadas al Norte del Guadiana, siendo, por aquellas latitudes, vecinos de carpetanos y vetones [55]. Pero por el Sur lo eran los turdetanos mismos [56]; concretamente se extendían al Este de ellos, alcanzando incluso la costa mediterránea [57] con Cástulo y Oria u Orisia como ciudades más importantes [58]: τῆς μὲν οὖν Ὠρητανίας κρατιστεύουσά ἐστι πόλις Καστουλὼν καὶ Ὠρία.

Señala también Estrabón la existencia de grandes selvas en territorios oretano y bastetano, así como de yacimientos auríferos [59], y coloca el nacimiento del Betis en Orospeda, dentro de aquel territorio [60]. En la parte de Cástulo, dice también, el río no era aún navegable [61]. La ciudad y su dominio eran famosos por los yacimientos de plomo y plata [62]; y no lejos de ella, donde el Betis nacía, estaba

---

traductores de *F.H.A.* III 235-237. Pero la verdad es que el tal «nombre» no es seguro.

54 FLÓREZ: *España Sagrada* V, Madrid, 1859, 23-26 (§§ 46-52). De Oreto, VII, Madrid, 1890, 263-265 (§§ 1-7).

55 Estr. III 1, 6.

56 Estr. *ibid.*

57 Estr. III 2, 1 y III 4, 1 con los bástulos, entre Cartagena y el estrecho.

58 Estr. III 3, 2.

59 Estr. III 4, 2.

60 Estr. III 4, 12; compárese con III 4, 14.

61 Estr. III 2, 3.

62 Estr. III 2, 10.

el monte llamado precisamente de la plata [63]. Resulta, por último, que en época romana Cástulo era estación de una vía militar [64] que unía los grandes emporios del Sur.

Podemos creer con fundamento, en consecuencia, que el reino oretano, que sólo se nos dibuja en los últimos años de la dominación cartaginesa, fue, como antes el mayor de Tarteso, un reino relacionado, en gran parte, con la existencia de cuantiosas riquezas mineras. Un reino también del que, por aquellas fechas, el rey tenía que ser, de modo fundamental, un guerrero, un soldado más o menos «heureux». En el durísimo siglo III no puede hablarse ya en Occidente de monarquías pacíficas y patriarcales. Los reyes de las ciudades del Sur viven primero bajo la presión del imperialismo cartaginés, como vivió el rey de los oretanos; después del romano, como vivieron *Culchas* y *Luxinius* y también otros de los que hablan los textos de modo vago y no dándoles más categoría que la de «régulos» o «reyezuelos» y en plural. Dice, en efecto, Polibio que Asdrúbal, durante los ocho años de su mando en Iberia (desde 228 a 221 a. J. C.), obtuvo grandes resultados a favor de Cartago, pero más por las amistades que concertó con los reyezuelos que por actos bélicos [65].

---

63 Estr. III 2, 11.

64 Estr. III 4, 9.

65 Pol. II 36, 2 (*F.H.A.* III 17): ἀλλὰ μεγάλην ποιήσας ἐπίδοσιν τοῖς Καρχηδονίοις πράγμασιν, οὐχ οὕτω διὰ τῶν πολεμίων ἔργων ὡς διὰ τῆς πρὸς δυνάστας ὁμιλίας. Compárese con Liv. XXI 2, 5 (*F.H.A.* III 19): *is plura consilio quam ui gerens, hospitiis magis regulorum conciliandisque per amicitiam princi-*

Diodoro, por su parte, indica que incluso casó con la hija de un rey ibero [66]: γήμας δὲ θυγατέρα βασιλέως Ἰβήρου ὑπὸ πάντων τῶν Ἰβήρων ἀνηγορεύθη στρατηγὸς αὐτοκράτωρ.

Por su parte Aníbal estuvo casado con una mujer precisamente de Cástulo, ciudad muy inclinada en su tiempo a los cartagineses, y esta unión habrá que interpretarla también como diplomática en gran parte [67]. No todos los jefes del Sur se dejaron seducir al fin por los cartagineses, pues hay memoria de un *Chalbus* al que Tito Livio califica de *nobilis Tartessiorum dux* y que luchó contra el mismo Asdrúbal por los años de 216 [68]; y después ya se ha visto que algunos pelearon a favor de Roma.

5. Los régulos de la zona oriental

De todas maneras, el sistema de ratificar alianzas mediante matrimonios «reales» lo tenemos, pues, ya en esta época lejana practicado en nuestro suelo. Pero poco más podemos decir respecto a estos reyes y régulos aliados de Cartago o de Roma según las tornas.

---

pum nouis gentibus quam bello aut armis rem Carthaginiensem auxit.

66 Diod. XXV 12 (*F.H.A.* III 15).

67 Liv. XXIV 41, 7: *Castulo, urbs Hispaniae ualida ac nobilis et adeo coniuncta societate Poenis ut uxor inde Hannibali esset...* (*F.H.A.* III 83).

68 Liv. XXIII 26-27 (*F.H.A.* III 75). Schulten: *Tartessos*, 2.ª ed., 139, le llama «rey».

Parece evidente que, en el Sur de la península, la institución real se ha desarrollado desde la Edad del Bronce hasta tiempos históricos, que coinciden con las fases más tardías de la Edad del Hierro; que en su raíz no puede considerarse independiente de grandes influjos orientales llegados por vía marítima; que está también en relación con la explotación de riquezas naturales considerables, con el uso de una escritura de origen oriental, y asimismo con el desarrollo de las ciudades y de las artes. Incluso con el de las Letras, pues sabido es que a los tartesios se les atribuía la posesión de anales, epopeyas y leyes métricas de los que se decía que tenían seis mil años de antigüedad [69]. Todo este conjunto es muy significativo desde el punto de vista histórico-cultural.

Pero, por otra parte, hay memoria de régulos que parecen dominar a grupos étnicos distintos de estos meridionales; concretamente, de régulos celtas o galos que incluso luchan en España contra los romanos y de régulos que parecen de estirpe ibérica propiamente dicha, es decir, de la zona oriental.

Entre los primeros habrá que recordar a *Moeniacoeptus* y *Vismarus,* muertos al servicio de los cartagineses [70] en la batalla ocurrida junto a Auringis el año 212 a J. C.; éstos son calificados por Livio de *insignes reguli Gallorum,* y el botín que dejaron

[69] Estr. III 1, 6; cf. SCHULTEN: *Tartessos,* 2.ª ed., 229-234.
[70] Liv. XXIV 41 (*F.H.A.* III 84).

es típico de los celtas: torques de oro, brazaletes, etcétera.

Serían, según la opinión más aceptada, celtas bajados de la meseta. Y los dos *reguli* o reyes tendrían aquel carácter esencialmente bélico que se documenta en gestas más famosas, cuando tienen lugar los grandes movimientos de los celtas sobre Italia o sobre otras partes del mundo clásico. El célebre *Brennus* o Βρέννος que atacó a Roma el año 390 a. J. C. es también un régulo para Livio [71], aunque rey para Apiano [72]. Algo de desprecio retórico habrá en el texto del latino. Porque si, cuando el jefe galo llegó a Roma, lucharon 40.000 hombres contra 40.000 [73], habría que pensar que las mujeres, los niños y los viejos desplazados con él serían muchísimos más.

Después se dice que el otro rey *Brennus,* el de la invasión de Grecia el año 279 a. J. C., avanzaba con 150.000 hombres de a pie y 10.000 de a caballo más 2.000 carros y muchos comerciantes y otras gentes [74]. La masa total de invasores la constituirían más de 400.000 personas, que luego fueron fraccionándose y dejando aquí y allá grupos. Tito Livio y Justino se refieren a la constitución del estado de los gálatas, con 20.000 hombres que formaban la minoría dominante y de ellos 10.000 armados; esto ya después

---

71 Liv. V 38, 3 y 48, 8.
72 Apiano, *Celt.* 3.
73 Plut. *Vita Cam.* 21.
74 Diod. XXII 9, 1 le llama ὁ βασιλεὺς Γαλατῶν. Compárese con Paus. I 4 y X 19 y Just. XXV 5-8.

de muerto *Brennus* y con *Leonorius* y *Lutarius* como régulos [75]. Reyes dirigidos por asambleas en el mismo campo de batalla son recordados en otras ocasiones en que se trata de celtas y galos [76]. Los celtas muertos en la península con *Moeniacoeptus* y *Vismarus* fueron muchos al parecer, pero no cabe imaginar en el Sur de ella desplazamientos similares a los que afectaron a Roma y Grecia; sí, más bien, expediciones mercenarias.

De todas formas, resulta también evidente que entre los iberos propiamente dichos, es decir, los pueblos del Este, asentados desde los Pirineos a los confines de la Tartéside y desde la meseta al Mediterráneo, se halla memoria de otros *reguli* con carácter militar en esencia. Al tratar Tito Livio de los asuntos del año 195 a. J. C. recuerda a un *Bilistages,* régulo de los ilergetes, que mandó a su propio hijo como legado al campamento romano [77].

Más interesantes que esta referencia son las relativas a *Indibilis, Indebilis* o *Andobales* y *Mandonius,* personajes que aparecen hasta en los viejos textos escolares españoles. Polibio habla del primero al tratar de la batalla en que los romanos le prendieron, junto con el general cartaginés Hanón, el año

---

75 Liv. XXXVIII 16 y Just. XXV 2.

76 Pero hay personajes que apetecen ser reyes y producen la inquietud consiguiente, como el padre de Vercingétorix (César, *De bello Gall.* VII 4, 1). El hijo es llamado rey «por los suyos» (*ibid.* VII 4, 5). Las circunstancias son distintas y condicionan el nombramiento.

77 Liv. XXXIV 11 (*F.H.A.* III 182).

218 a. J. C. Le califica allí de general (στρατηγός), pero a continuación dice que era el «tirano» de toda la parte central del territorio ibérico y gran aliado de los cartagineses [78].

El año siguiente aparece *Indebilis* unido a *Mandonius* en un texto de Livio, según el cual [79] éste era régulo de los ilergetes. Después, en el año 211 a. J. C., *Indebilis* aparece otra vez al frente de 7.500 suesetanos luchando contra Escipión [80]; y a poco negándose a pagar un fuerte tributo a Asdrúbal, hijo de Gescón [81]. Más tarde, Escipión sabe ganarse a los dos régulos, siempre asociados, después de tomar *Carthago Nova* y tras escuchar los ruegos de la mujer de *Mandonius* (que era hermano de *Indibilis*), la cual estaba allí con las hijas del segundo y de otros príncipes cogidos como rehenes. El texto de Polibio que recuerda esto indica que la señora era ya entrada en años y que sus sobrinas eran apetecibles por lo hermosas. A *Andobales* le da [82] el título de rey de los ilergetes ('Ανδοβάλου τοῦ τῶν 'Ιλεργητῶν βασιλέως). El paso de los dos a la alianza con Roma queda condicionado, en gran parte, por esto [83]; pero después vuelven a rebelarse contra los romanos [84] y son ven-

---

78 Pol. III 76, 3: τοῦτον δὲ συνέβαινε τύραννον μὲν εἶναι τῶν κατὰ τὴν μεσόγαιον τόπων, εὔνουν δὲ διαφερόντως ἀεί ποτε Καρχηδονίοις (*F.H.A.* III 55; en III 57, sobre el nombre).

79 Liv. XXII 21 (*F.H.A.* III 67-68).

80 Liv. XXV 34 (*F.H.A.* III 89).

81 Pol. IX 11 (*F.H.A.* III 92).

82 Pol. X 18, 7-15 y Dión Casio, fr. 57, 42 (*F.H.A.* III 112-114).

83 Pol. X 38, 7-10 y X 39, 1-6 (*F.H.A.* III 122).

84 Pol. XI 31, 1-8 (*F.H.A.* III 151-152).

cidos en territorio lacetano, aunque lograron escapar[85]. Aun el año 205 hay otra rebelión que dirigieron, y esta vez sí quedaron aniquilados. *Mandonius* fue al suplicio con otros jefes[86]. Los textos relativos a los dos hermanos, siempre unidos, se prestan a una interpretación distinta a la que se puede dar a otros, porque tanto *Indibilis* como *Mandonius* se dice que fueron reyes de los ilergetes; lo cual podría hacernos pensar que entre éstos existió una especie de sinarquía o poder real en que participaban dos; algo, en suma, que nos hace recordar sistemas griegos, como el de Esparta, aunque allí cada rey pertenecía a linaje diferente.

No es, sin embargo, el caso de *Indibilis* y *Mandonius* el único en que la historia antigua de España nos muestra a hermanos que dirigen a la par a grupos guerreros caracterizados desde el punto de vista étnico. En tiempos de Amílcar aparecen luchando contra él otros dos hermanos llamados *Istolatius* e *Indortes*, generales, según Diodoro, de grupos celtas[87] que debían de estar a sueldo de iberos y tartesios. El nombre de *Indortes* se ha relacionado con los de *Indibilis, Indus,* etc., y pudiera no ser celta[88].

---

85 Liv. XXVIII 24 (*F.H.A.* III 153).

86 Liv. XXIX 1, 19 y XXIX 3, 1-5; Apiano, *Ib.* 38 y Diod. XXVI 22 (*F.H.A.* III 165-166).

87 Diod. XXV 10, 1-2 (*F.H.A.* III 10).

88 GÓMEZ MORENO: *Sobre los iberos* 245. A. TOVAR, por su parte, se ha ocupado de los de *Indibilis* y *Mandonius* en *A propósito del vasco «mando» y «belts» y los nombres de Indíbil y Mandonio,* en *Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas,* Buenos Aires, 1949, 154-167.

Notemos ahora que, entre los iberos, la presunta igualdad de derechos se quiebra en casos en que son dos parientes póximos, dos primos hermanos, los que se disputan la primacía, el principado, como parece que ocurrió cuando *Corbis* y *Orsua* lucharon a brazo partido, ante propios y extraños, para que la lucha decidiera cuál de los dos había de ser el *princeps* de la ciudad de *Ide*. Esto cuando Escipión celebró los juegos en honor de su padre y de su tío muertos. Otros pleitos se dirimieron de la misma manera y los régulos mandaron luchadores que demostraron el valor de sus gentes[89].

6. Nombres

Por esta misma época se habla de algunos reyes más. Recordemos, en primer lugar, a *Edeco,* rey de los edetanos, citado por Polibio[90], rey que tuvo también a su mujer e hijos como rehenes en poder de los cartagineses; estaba su familia en *Carthago Nova* cuando la ganó Escipión, que se la devolvió con habilidad diplomática[91]. Este *Edeco* era un δυνάστης y un general experimentado; y su nombre[92] nos permite plantear más ceñidamente el asunto de la relación

89 Liv. XXVIII 22 (*F.H.A.* III 148). La lucha fratricida por el poder es un tema clásico: recuérdense los casos de Minos y Sarpedón y Lico y Egeo (Heródoto I 173).

90 Pol. X 34, 2.

91 Pol. X 35, 1-2 (*F.H.A.* III 116).

92 *Edescus* en Liv. XXVII 17, 1 (*clarus inter duces Hispanos*).

de algunos nombres de reyes con los de los pueblos y ciudades que rigen, porque parece claro que está emparentado con el de sus súbditos los *Edetani*[93] y con el de *Edeta,* su ciudad[94]. La conexión nos es conocida en casos muy variados y correspondientes a pueblos antiguos de distinto origen. Heródoto nos dirá, por ejemplo, que una dinastía de reyes de Lidia tenía por cabeza a Lido, que dio nombre al pueblo[95]; esta explicación servirá de modo común para explicar el origen de pueblos y gentes, con un patriarca-rey fundador en relación más o menos directa con héroes o dioses y con una descendencia que, a su vez, encabeza una serie de fracciones y subfracciones del pueblo en cuestión.

Para Apiano, por ejemplo, la más satisfactoria explicación del origen de los ilirios es la que les hacía descender de Ilirio, hijo de Polifemo y Galatea, que, a su vez, tuvo tres hijos llamados Celto, Ilirio y Galas que dominaron sobre los pueblos llamados celtas, ilirios y gálatas. Ilirio, el segundo, tuvo a su vez seis hijos de los cuales descendían otras tantas gentes; y alguno de éstos tuvo un hijo, a partir del cual se establece la existencia de otras[96]. Los ejem-

---

93 *F.H.A.* III 117-118.

94 Sobre *Edeta* = Liria y su estupenda cerámica, cf. *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel de Liria. Museo de la Excma. Diputación de Valencia,* por ISIDRO BALLESTER TORMO, DOMINGO FLÉTCHER VALLS, ENRIQUE PLA BALLESTER, FRANCISCO JORDÁ CERDÁ, JOSÉ ALCACER GRAU. Prólogo de D. LUIS PERICOT GARCÍA (Madrid, 1954).

95 Heród. I 7 y V 74.

96 Ap. *Ill.* 2.

plos son abundantísimos; y cuando los poetas épicos más tardíos quisieron dar sensación de que seguían un método riguroso, histórico-genealógico en sus obras, recurrieron a él. Silio Itálico nos hablará así de la corte de un rey *Bebryx,* padre de Pirene[97], que sería el rey de los *Bebryces,* a quienes nos recuerdan otros textos muy viejos como pueblo salvaje de Occidente[98]; y también de un luchador *Ilerdes* cuyo nombre ha de ponerse en relación con el de *Ilerda*[99]; e igualmente hará nombres personales de *Tartassus*[100], *Hiberus*[101], etc. De su método de evocar al de falsificar de Anio de Viterbo no hay mucha distancia. Pero parece que Silio manejó alguna fuente que se ha perdido y las relaciones que establece han de tenerse en cuenta hasta cierto punto. *Ilerdes* se relaciona con *Ilerda,* ciudad famosa que Estrabón coloca, con *Osca,* en territorio de los ilergetes precisamente[102]. Livio escribía ya *Ilergetes*[103]; pero Polibio antes habla de τῶν Ἰλουργητῶν ἔθνος[104]. Esta forma parece denotar la existencia de una variante o vacilación en la pronunciación del componente primero (*iler-, ilur-, illur-*) que se da acaso también en el nombre de

97 Sil. It. III 423-425 y 443 y XV 494.
98 Av. *Ora mar.* 485-489, con el comentario de las págs. 119-120 de *F.H.A.;* Escimno, 201 (*F.H.A.* II 61-62).
99 Sil. It. XVI 566.
100 Sil. It. XVI 465.
101 Sil. It. XVI 354.
102 Estr. III 4, 10. Compárese con Ptol. II 6, 68.
103 Liv. XXI 23 (*F.H.A.* III 50).
104 Pol. III 35, 2 (*F.H.A.* III 46).

Ilercauonia [105], *Illercaonia* [106] e *Illurgauo* [107] y sus pobladores: *Ilercaones*[108], *Ilergauonenses*[109] o *Illurgauonenses*[110]. En zona ibérica también hallaremos memoria de unos *Illuersenses*[111] o *Ilursenses*[112]; y parece que, por otra parte, hay que relacionar estos nombres con otros aquitanos correspondientes a ciudades (*ciuitas Iluronensium*) [113] y antropónimos [114]. En el Sur hallaremos *Iluro* [115], *Ilurco* [116], *Illurcis*[117], *Ilorci*[118], ciudades conocidas, y también hay memoria de un nombre real relacionable con éstos. En efecto, en el año 193 cautivó Flaminio al rey *Hilernus* o *Ilernus*, derrotado cerca de Toledo o *Toletum* dirigiendo una confederación de vetones, vacceos y celtíberos[119]. Un año después, el 192, tomó la ciudad de

---

105 *Mun(icipium) Hibera Iulia Ilercauonia Dertosa* en monedas del tiempo de Tiberio (*F.H.A.* III 79).

106 Liv. fr. de XCI (*F.H.A.* IV 187-188).

107 Cf. n. 110.

108 Liv. *ibid.*

109 Liv. XXII 21 (*F.H.A.* III 68).

110 Cés. *De bello ciu.* I 60, 2 y 4 (*F.H.A.* V 47).

111 Bronce de Ascoli (*C.I.L.* I 2, 709).

112 Plin. *N.H.* III 24.

113 Oloron, en la *prouincia Nouempopulana*, según la noticia de las provincias y ciudades del imperio (395-423), donde los «nueve pueblos» son doce. Cf. *o. c.* en la nota que sigue.

114 Y aun nombres de dioses como *Deo / Iluroni* en Mondilhan; cf. J. SACAZE: *Inscriptions antiques des Pyrénées*, Toulouse, 1892, 291-292 (n.° 238). Sobre las ciudades de la Novempopulana, *o. c.*, 546-547.

115 Plin. *N.H.* III 22.

116 Plin. *N.H.* III 10. Cf. GÓMEZ MORENO: *El municipio ilurconense*, en *o. c.*, 391-401.

117 *C.I.L.*

118 Plin. *N.H.* III 9.

119 Liv. XXXV 7, 6 (*F.H.A.* III 196).

Licabrum, que se suele reducir a *Igabrum,* es decir, Cabra, y prendió al rey *Corribilus,* al que Tito Livio califica de noble[120]. Puede suponerse que *Ilernus* era un jefe de los mismos carpetanos o de pueblos de la zona de la Castilla meridional. No acierto a imaginar qué significa *iler-, ilur-* o *illur-;* pero no cabe duda de que en el complejo lingüístico ibero-aquitano es un elemento importante, como lo son también, en relación con nombres de ciudad, *ili-, urgis-* y alguno más. En tierra vascónica, o frontera por lo menos, se dice que Graco fundó una ciudad llamada *Gracchuris* [121]; pero algún texto indica que lo que en realidad pasó es que una ciudad ya existente, llamada *Ilurcis,* vino a cambiar su nombre por éste[122].

Esta fundación o nueva denominación, fechada el año 179 a. J. C., nos hace ver claro el empleo de *huri, uri, urri* en la toponimia ibérica y vascónica,

---

120 Liv. XXXV 22, 5 (*F.H.A.* III 197).

121 Liv. *Per.* 41: *Gracchurim oppidum in Hispania constituit* (*F.H.A.* III 223).

122 Festo, pág. 97 M.: *Gracchuris, urbs Iberae regionis dicta a Graccho Eempronio, quae antea Ilurcis nominabatur* (*F.H.A.* III 224). Las monedas hispánicas acuñadas con silabario ibérico oriental presentan series con el nombre leído *Ildirda* o *Iltirda.* También *Ildirdasalirban,* con dos elementos (*salir* y *ban*) que se repiten en otras inscripciones. Hay además bronces que dicen *Ildirarcere, Ildircescen,* según la lectura común. Pero yo he propuesto leer a veces el grupo *i-l-ti* o *i-l-di* como *illi,* por razones que ahora no he de desarrollar. Hallamos además en inscripción de Cogul *anauiltirten;* en Cabanes, *iltirbigisen.* Cf. GÓMEZ MORENO: *Divagaciones numismáticas* 171, con lám. 39; en págs. 180-181 y lám. 46 de *Notas sobre Numismática hispana, o. c.,* 175, 186; en págs. 245-247 de *o. c.* en n. 22; en págs. 291-299 de *Suplemento de Epigrafía ibérica,* en *o. c.,* 283-330.

porque no hay razón para pensar que el nombre de *Graccurris* en las monedas, *Graccuris* en otros textos[123], siga otra regla que la que en tiempos posteriores y en zona no muy lejana sirvió para formar nombres como los de *Herremelluri, Obecuri* o *Blascuri,* es decir, pueblos (*uriak* en vasco occidental y meridional) de Herramel, Obeco o Blasco[124]. Pero sigamos con nuestros régulos.

Hacia el año 179, ya en los confines de Celtiberia, Graco prende a dos hijos y una hija del rey *Thurrus,* que entonces era considerado como el más fuerte de Hispania entera, y, ante la desgracia, éste se presentó en el campamento romano para pedir garantía de su vida y solicitar también luchar a favor de los romanos mismos, puesto que sus aliados le habían abandonado[125]. Este parece aún un régulo de tierra carpetana, puesto que Alce y Ercavica o Ergavica andaban situadas por allí[126].

Y aun hay alguna referencia más o menos tardía[127] a régulos, como *Indus,* del que se hace mención en *De bello Hispaniensi*[128].

---

123 Ya en mi viejo libro *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina,* Salamanca, 1946, 183-188 me ocupé de esto.

124 CARO BAROJA: *ibid.*

125 Liv. XL 49 (*F.H.A.* III 219).

126 SCHULTEN: *F.H.A.* III 220 cree céltico el nombre y lo compara con los de *Turaius, Turancus,* etc.

127 Oros. IV 20, 16: *M. Fuluius praetor Celtiberos cum proximis gentibus uicit regemque eorum capit.* No es por fuerza un rey de los celtíberos éste, preso el año 181 a. J. C. (*F.H.A.* III 214).

128 *De bell. Hisp.* 10 (*F.H.A.* V 131).

7. Consecuencias

En suma, a través de datos escasos y fragmentarios en verdad puede sostenerse que la «realeza» fue ya conocida por los pueblos del Sur de la península Ibérica en época indeterminada de la Edad de Bronce. Antes de que aparecieran las dinastías de los reyes tartesios, objeto de mitos y leyendas, debieron de existir monarcas cargados de atributos religiosos, como parecen abonarlo las grandes cámaras sepulcrales del Sur, tan emparentadas con las de zonas orientales del Mediterráneo[129].

Allí también parece que se elaboran mitos históricoculturales acerca del significado de estos reyes, mitos que recuerdan asimismo los relativos a otros pueblos del Mediterráneo preclásico. La institución real llega allí como un signo más de civilización superior, cosa que es reconocida por los griegos, siempre más objetivos y observadores que los romanos, pese a su desprecio global hacia todos los bárbaros. Pero, entre los siglos VI y III a. J. C. es claro que las monarquías meridionales cambian de configuración y se fragmentan; y así, fragmentadas, nos las

---

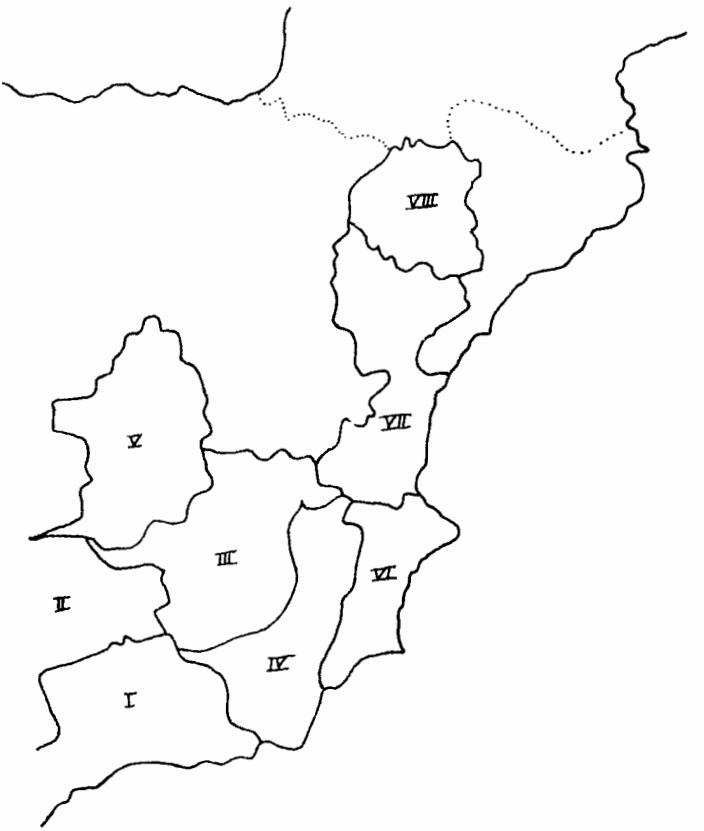
129 García y Bellido: *Hispania Graeca* I 1-42 comenzó planteando la relación. Pero recordemos hechos más antiguos en los fastos de la Arqueología en general. Nótese la expresión que ya en 1905, hablando de los grandes sepulcros de Antequera, utilizó Gómez Moreno (cf. *Arquitectura tartesia: la necrópoli de Antequera,* en *o. c.,* 105-130); y, aunque desde la fecha a la que se pueden atribuir aquéllos a la de los primeros testimonios históricos sobre Tarteso hay al parecer bastante distancia, no cabe duda de que puso de relieve la existencia de un conjunto histórico-cultural relacionable.

encontramos cuando las luchas de cartagineses y romanos tienen a la Península como escenario. Ya no son sólo los pueblos del Sur propiamente dichos los que se gobiernan monárquicamente. Son también parte considerable de los iberos orientales y del valle del Ebro, con los ilergetes a la cabeza, aunque parece que entre ellos también había ciudades y gentes que seguían otro régimen constitucional (cf. mapa adjunto). De todas formas, ni en la parte central de España, de la Carpetania al Norte, ni en Occidente (no se diga ya nada del Norte), parece haber existido el sistema monárquico, sino unos regímenes aristocráticos, con príncipes y familias más poderosas, o un régimen gentilicio más llano y más o menos patriarcal. Las ciudades celtibéricas, como Numancia, parecen haberse regido de la primera manera al tiempo de sus luchas memorables con Roma[130]. Los pueblos del Norte siguen el régimen gentilicio, en sus modos más típicos, hasta las guerras cantábricas e incluso en tiempos imperiales[131]. Podemos decir así que las costas del Sur recibieron antes que ninguna la institución monárquica llegada del Oriente mediterráneo; que el Guadalquivir en todo su curso fue eje

130 El tránsito de un sistema gentilicio, con poblados a modo de castros, a otro más «urbano», con diferencias mayores, senado y *principes*, por medio de concentraciones parece darse en la Celtiberia, siendo mal visto por los romanos primero. Después son ellos los que provocan la fundación de núcleos mayores.

131 J. CARO BAROJA: *Organización social de los pueblos del Norte de la península Ibérica en la Antigüedad,* en *Legio VII Gemina,* León, 1970, 9-62.

PUEBLOS DONDE PARECE HABERSE REGISTRADO EL REGIMEN MONARQUICO



I) Turdetanos
II) Túrdulos y otros
III) Oretanos
IV) Bastetanos
V) Carpetanos
VI) Contestanos
VII) Edetanos
VIII) Ilergetes

de estados monárquicos, y que también lo fue, aunque de modo más restringido, el Ebro. Los pueblos iberos por antonomasia son monárquicos en gran parte hasta caer bajo el dominio de Roma; y para ellos la idea de la «realeza» es esencial como idea política. Pero está basada en ideas bélicas. Así, cuando los mismos iberos quieren expresar su admiración y veneración por Escipión, vencedor de los cartagineses, le dan el nombre de gran rey: οἱ δὲ Ἴβηρες καὶ βασιλέα μέγαν ὠνόμαζον[132]. *Indibilis,* en su sumisión, le saluda por rey asimismo [133]. Para los iberos del siglo III a. J. C. la categoría de rey es, pues, la suprema que puede dársele a un hombre y concretamente, a un general: «un soldat heureux» tenía a sus ojos el significado que le daba Voltaire[134]. Para llegar a otro más complejo desde el punto de vista cultural y religioso hemos de dirigir nuestra mirada a la legendaria Tarteso, donde se hallan los reyes patriarcas, ricos, felices y benéficos, los reyes civilizadores y legisladores, protegidos por los dioses; no aquel género de reyes primitivos divinos o divinizados que eran objeto de sacrificios sangrientos cuando las cosas venían mal. Es, a mi juicio, en el lejano mundo del Mediterráneo oriental, mejor que en el tirsénico, en el que hay que buscar la raíz de aquellos conceptos de «realeza». Porque en última instancia todo nos lleva

---

132 Dión Cas. fr. 57, 48 (*F.H.A.* III 119-120).

133 Pol. X 38: καὶ προσφωνησάντων βασιλέα (*F.H.A.* III 117).

134 Recuérdese cómo califica. Aristóteles a los iberos (*Pol.* 1324 *b*): ἔθνει πολεμικῷ.

a pensar en viejas relaciones con los fenicios e incluso con los cretenses y sus descendientes en su larguísima historia. Según una tradición que corría por el mundo helénico, la talasocracia minoica y las navegaciones de los fenicios habían llegado a conocer lo que quedaba más allá de las columnas de Hércules poco después de la guerra de Troya[135]. Para lo relativo a los fenicios la fecha es más o menos admisible. Pero la talasocracia minoica es muy anterior, como es bien sabido. Sería el mundo micénico, en todo caso, el más o menos contemporáneo.

Pero, con independencia de lo que hasta ahora diga la cronología de los yacimientos arqueológicos, hemos de admitir que la llamada escritura turdetana, así como otros elementos de la cultura del Sur, no pueden interpretarse, aunque sea echando mano de la vieja idea de la «Ferninterpretation», más que a la luz de lo que se sabe de los pueblos del Mediterráneo oriental, de sus silabarios, etc.

Dejemos a un lado las teorías étnicas. Las formas culturales bastan para hablar de expansión de ideas y creencias, instituciones y leyes, no sólo de objetos materiales. En este mundo lejano nos encontraremos también las monarquías antes que las llamadas «ciudades-estado» de otro tipo, cuya raíz habrá que bus-

---

135 Estr. I 3, 2: ἥ τε Μίνω θαλαττοκρατία θρυλεῖται καὶ ἡ Φοινίκων ναυτιλία, οἳ καὶ τὰ ἔξω τῶν Ἡρακλείων στηλῶν ἐπῆλθον καὶ πόλεις ἔκτισαν κἀκεῖ καὶ περὶ τὰ μέσα τῆς Λιβύης παραλίας μικρὸν τῶν Τρωικῶν ὕστερον. Compárese con el texto ya aducido de Diod. IV 60, 3: οὗτος πρῶτος Ἑλλήνων ναυτικὴν δύναμιν ἀξιόλογον συστησάμενος ἐθαλαττοκράτησε.

car en causas políticas más complejas que las señaladas por algunos grandes historiadores del siglo XIX, que siguieron a otros clásicos.

En los grados que señala Cicerón dentro de la sociedad, los que quedan constituidos por los hechos de pertenecer a la misma gente (*gens*), nación (*natio*) y *lengua* (*lingua*) son, según él[136], menos importantes que el de pertenecer a la misma ciudad (*ciuitas*). Este sentimiento explica en gran parte las fragmentaciones de los estados muy antiguos y las rivalidades entre ciudades de origen parecido; rivalidades que pueden darse también entre familias de la misma ciudad por deseo de sostener una hegemonía o apoderarse del mando.

Pero habremos de admitir antes la existencia de estados menos particularistas y basados en otros intereses generales.

136 Cic. *De off.* I 17, 53.